ESTUDIOS CLASICOS

39

ESTUDIOS CLASICOS

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLÁSICOS

PUBLICADO POR EL PATRONATO «MENÉNDEZ Y PELAYO» DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

TOMO VII — MAYO DE 1963 — NÚM. 39

DIRECTOR: MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO.

COMITE DE REDACCION: JOSÉ ALSINA, ALBERTO BALIL, V. EUGENIO HERNÁNDEZ VISTA, R. P. JOSÉ JIMÉNEZ DELGADO, ANTONIO MAGARIÑOS Y FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS.

SECRETARIA DE REDACCION: M.ª EMILIA MARTÍNEZ-FRESNEDA.

SUMARIO

Págs.

J. ALSINA, *Eurípides y la crisis de la conciencia helénica* 225

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLÁSICOS 254

INFORMACIÓN PEDAGÓGICA:

La Asamblea de Catedráticos de Filosofía y Letras, por F. R. ADRADOS 271

Enmienda presentada a la ponencia sobre planes de estudios de la Asamblea de Catedráticos de Filosofía y Letras por los Dres. RODRÍGUEZ ADRADOS, GIL y FERNÁNDEZ-GALIANO. 277

Sobre la Introducción a la Lingüística Indoeuropea y las Secciones de Filología Germánica, por F. R. ADRADOS 278

(Sigue en tercera de cubierta).

EURIPIDES Y LA CRISIS DE LA CONCIENCIA HELENICA[1]

I

La historia de la Europa moderna ofrece al espectador occidental un triste panorama. Es la historia de una decadencia, el proceso de una paulatina pérdida de la fe y de la confianza en sí misma. Es, en suma, una historia desalentadora. Iniciada con la ruptura de la unidad del mundo cristiano y con las consiguientes guerras de religión, que trajeron consigo lo que en frase gráfica ha denominado Paul Hazard «la crisis de la conciencia europea» [2], en nuestro espíritu hallamos, con raros intervalos de optimismo, a medida que avanza la historia de Occidente, la convicción, cada vez más acusada, de que Europa está enferma, de que Occidente ha dejado de tener confianza en sus valores; de que, en fin, Europa se ha tornado cuestionable [3]. Todavía en el siglo XVIII un rayo de optimismo pudo iluminar el lóbrego panorama espiritual de Occidente. Ocurre entonces que Europa se recupera un tanto interiormente, de modo que puede entrar en la Edad contemporánea con cierta, aunque en-

---

[1] Este trabajo reproduce el texto de una conferencia pronunciada en Barcelona en el acto inaugural del curso 1961-1962 en la Institución filosófica «Balmesiana».

[2] En el libro *La crisis de la conciencia europea*, trad. de J. MARÍAS (Madrid, 1941).

[3] Véanse a este respecto las reflexiones de ORTEGA *Meditación de Europa*, Madrid, 1960, págs. 24 ss.

gañosa, seguridad en sí misma [4]. Cicatrizadas un tanto las heridas que le produjera la Reforma, superadas las convulsiones de las guerras de religión, la Ilustración pudo representar por un momento —¡un momento tan sólo!— un símbolo de quizá engañosa seguridad. No me refiero, naturalmente, a las realidades objetivas del siglo de las luces, sino tan sólo al optimismo que reinaba en los espíritus que más genuinamente lo representan. Oigamos, por ejemplo, a Hegel, que es en cierto modo un hijo espiritual del siglo XVIII y el máximo pontífice del pensamiento en el período final de la edad de la Razón. Impera ahora —falaz error— el convencimiento de que Europa se halla cerca de la consumación de la Humanidad. Dice, pues, Hegel: «El mundo está explorado, circunnavegado y para los europeos es una esfera. Lo que todavía no ha sido dominado por ellos es que no merece la pena o no está destinado a ser dominado» [5].

¡Feliz espejismo el que sufren los hombres del siglo XVIII! Pero, precisa aclararlo, no todos los espíritus estaban dispuestos a aceptar este fácil optimismo. Como vigía espiritual de toda una época, Goethe ha presentido claramente que detrás de aquella seguridad se escondía un germen de descomposición. Supo ver, y advertirlo a sus contemporáneos, que la razón no agota todas las facultades humanas y que la ciencia no satisface enteramente los anhelos del hombre. Por ello Fausto, la gran creación del poeta de Weimar, es el símbolo de las proféticas inquietudes que anidan en el corazón del hombre neoclásico. A Fausto ha podido parecerle, como a la Europa dieciochesca, que con el saber y el esfuerzo todo estaba realizado. Y sin embargo...

No creo que extrañe que yo comience a tratar la crisis de la conciencia helénica haciendo una breve alusión a la

---

[4] Cf. DÍEZ DEL CORRAL *El rapto de Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo*, Madrid, 1954, págs. 14 ss.

[5] *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia universal*, trad. esp., Buenos Aires, 1946, I 182.

conciencia europea. Porque en Grecia se ha perfilado por vez primera, clara, diáfana, nítida, la noción y la idea de Europa; porque los griegos han sido los primeros en luchar y en dar la vida por lo que hoy podemos llamar Europa; porque, en fin, lo helénico es un elemento integrante y esencial de lo que hoy llamamos Occidente.

Eurípides y la crisis de la conciencia helénica. Pero ¿es que hay una crisis en la conciencia griega? Y si la hay, ¿en qué consiste? ¿Supone la crisis de finales del siglo v una ruptura con el pasado o es más bien una toma más profunda de conciencia en el alma de los helenos?

En sus *Reflexiones sobre la Historia Universal* [6], Burckhardt ha definido las crisis históricas como procesos acelerados en el juego de influencias mutuas que los tres grandes factores de la civilización —Estado, religión y cultura— ejercen entre sí. Lo curioso es que Burckhardt, que odiaba profundamente la guerra, se ha negado a reconocerla como factor determinante de las grandes crisis históricas. Se niega, por ejemplo, a aceptar que la guerra del Peloponeso sea una auténtica crisis. La razón, según el gran historiador de Basilea, es que esta lucha fue incapaz de conseguir la unión de todos los griegos. O, como dice él mismo: porque no consiguió crear un gran Estado. Pero, aun dejando de lado el hecho de que Burckhardt maneja tan sólo tres elementos que entran en juego —Estado, religión y cultura—, demasiado pocos para explicar la compleja trama de la historia espiritual, resulta evidente que la guerra, sobre todo cuando el vencido ha realizado contribuciones grandiosas en el orden de los valores, trae como consecuencia una conmoción profunda, capaz frecuentemente de mudar y transformar los ideales vigentes hasta entonces. Y toda crisis es precisamente eso: un cambio, una nueva vigencia valorativa. Es, por otra parte, altamente sintomático que a lo largo de la his-

---

[6] *Weltgeschichtliche Betrachtungen*, trad. esp., Buenos Aires, 1945, páginas 153 ss.

toria humana haya sido la guerra, con sus conmociones, la que ha hecho que los hombres adquieran auténticamente conciencia histórica, que es como decir adquirir auténtica conciencia de lo que realmente se está gestando en el orden espiritual. Heródoto se convierte en el primer historiador de Europa al intentar explicar la guerra de la independencia helénica frente al bárbaro invasor. Sin contar a Tucídides, de quien tendremos que hablar largamente, podemos citar el caso de san Agustín, creando la Filosofía de la Historia bajo la impresión del saqueo de Roma por Alarico; las obras históricas de Maquiavelo, más importantes de lo que normalmente se cree, son fruto de las guerras de Italia en el siglo XV. Fue la conmoción de las guerras napoleónicas la que incitó a Hegel a la creación de su obra, y la derrota francesa de 1871 hizo que Taine revisara la historia de Francia, dando luz a su concepción positivista del humano acaecer. Y ¿qué decir de la *Decadencia de Occidente* nacida bajo el impacto de la derrota alemana de 1918? Después de todo, la reacción contra los últimos restos del historismo (o, como se dice corrientemente, el historicismo), las nuevas reflexiones sobre el ser de Europa y el sentido último de su historia (recordemos a Berdiaeff, Jaspers, Grousset, Toynbee, Ortega, A. Weber, Löwith), ¿qué son, sino fruto de la tremenda conmoción que trajeron consigo las últimas guerras? Y es que la verdadera, la auténtica crisis histórica se produce cuando, presionado el hombre por la situación apremiante ante la cual le coloca un hecho como la guerra (y la impresión es mayor cuanto más cruel es ésta), se produce una inversión en la jerarquía reinante de valores. Nadie acaso lo ha visto con más claridad que Tucídides al analizar en su libro III las consecuencias morales de la crueldad de la guerra del Peloponeso. Tras haber narrado el asesinato a sangre fría de los plateenses, que se habían entregado al arbitraje espartano, y tras la descripción de las luchas civiles de Corcira, se hace el gran historiador las siguientes reflexiones:

«Muchos fueron los horrores que sufrieron las ciudades en las revoluciones, horrores que suceden y sucederán siempre mientras la naturaleza humana sea la misma, pero que son mayores o menores y de distinto carácter según como sean las diversas circunstancias que se den en cada ciudad. En efecto, en la paz y en una situación próspera, tanto las ciudades como los particulares son más razonables porque no se encuentran en situaciones apremiantes de necesidad, en tanto que la guerra, al suprimir la facilidad de la vida cotidiana, es un duro maestro y pone de acuerdo con las circunstancias imperantes el comportamiento de la mayoría de los hombres. Se hallaban, pues, en un estado de revolución las ciudades, y los que tardaban más en entrar en él, al tener conocimiento de las cosas que habían sucedido, llevaban aun más lejos este cambio de conducta tanto en lo referente al refinamiento de quienes se lanzaban al ataque como en lo relativo a lo inaudito de las venganzas. Cambiaron incluso, para justificarse, el ordinario valor de las palabras. La audacia irreflexiva fue considerada valiente adhesión al partido; la vacilación prudente, cobardía disfrazada; la moderación, una manera de disimular la falta de hombría...» [7]

Nos hallamos ante lo que yo me atrevería a llamar el primer testimonio de que a finales del siglo v algo está ocurriendo en Grecia. Hay otros documentos más duros y terribles. Estos documentos son las tragedias o una parte, por lo menos, de las tragedias de Eurípides.

Para que haya una crisis de conciencia es preciso —habla Perogrullo— que esta conciencia exista. Nos hallamos, por consiguiente, abocados a un problema previo: ¿ha existido, antes del siglo IV, una conciencia griega? Y si ha existido, ¿cómo se manifiesta?

---

[7] Traducción de F. R. ADRADOS *Tucídides. Historia de la guerra del Peloponeso,* Madrid, Clásicos Hernando, 1952.

II

Está por escribir un libro que siga el proceso de lo que podríamos denominar la autoconciencia de Grecia, el paulatino proceso a lo largo del cual Grecia, la Hélade, se descubre a sí misma como idea [8]. Nuestra tarea, ahora, es intentar brevemente un bosquejo de esta gestación espiritual, seguir el proceso —largo, duro, difícil— que traerá a la luz la idea de Grecia como conquista del espíritu.

Anticipemos que la guerra del Peloponeso será uno de los estadios más importantes en ese lento alumbramiento de la Hélade. Lo que ocurre es que la guerra entre Atenas y Esparta no liquidó del todo lo que era objeto de verdadero litigio en los campos de batalla. O dicho de otro modo: que la rendición incondicional de Atenas frente a los aliados de la Liga del Peloponeso no trajo la verdadera solución esperada. De aquí la guerra corintia; de aquí la segunda confederación ateniense. Lo que sí es preciso decir es que con la derrota de Atenas —la Grecia de Grecia, como reza un epitafio [9]— se produjo en la Hélade un vacío espiritual [10]. La mente griega, desde el siglo VII hasta bien entrado el IV, es incapaz de concebir otra organización política perfecta que la πόλις, la ciudad-Estado. Esparta, que de hecho no llega a ser una verdadera πόλις, cuadra mal en el panorama político de la Hélade clásica. Ocurre, pues, en

---

[8] Muy diferente es el caso de Roma, cuya idea de la propia misión histórica se halla ya en sus primeros documentos. Esto explica la diferencia profunda que hallamos entre los historiadores romanos y los griegos. Aquellos tienen por objeto siempre «justificar» toda intervención romana en una guerra que es siempre «justa» por definición. El hecho merecería un examen profundo. Me he ocupado de la cuestión en una conferencia, inédita, titulada *Rasgos diferenciales de la historiografía griega y romana.*

[9] Atribuído a Tucídides. Véase la *Vida de Eurípides* que encabeza (pág. VI) la edición de NAUCK (Leipzig, 1876).

[10] Cf. REYNOLD *El mundo griego y su pensamiento*, trad. esp., Madrid, 1948, págs. 161 ss.

la primera mitad del siglo IV un fenómeno típico de las épocas de desorientación. El siglo IV recoge la cosecha sembrada en el V, tal como nuestro siglo XIX hace con respecto al XVIII. Pues bien, ocurre, repito, que, si reflexionamos un poco acerca de la literatura política de la primera mitad del siglo IV, observamos que a los escritores políticos de este siglo les falta algo. Se les ve desorientados, preocupados; se les nota, en suma, un vacío. Otro hecho que precisa calibrar es que entonces realmente se inicia lo que podríamos llamar literatura política en Grecia. Jamás Grecia —en realidad Atenas únicamente, que es ya la depositaria de la auténtica cultura helénica— había sentido la necesidad de filosofar sobre la esencia de la política, del Estado, del individuo y sus relaciones con el Estado. Ahora aparece como una urgente necesidad. Isócrates, Platón, Jenofonte, cada uno a su manera, esbozan Estados ideales, se preguntan por el problema de Grecia y de la formación de ciudadanos. Es que les falta algo. Es que la idea política tradicionalmente helénica se halla en crisis y hay que sustituir este valor por otro. Es que se están recogiendo los frutos de las guerras y la crisis consiguiente del siglo V en su estado final [11].

Con la caída de Atenas y la aniquilación de su imperio por obra de los aliados peloponesios se liquida todo un siglo de evolución política que, al tiempo, había traido consigo una importante labor cultural e ideológica. El siglo V se abre bajo el empuje irresistible de la democracia ateniense que iguala primero, para anular después, la primacía de la mentalidad dórica en el mundo griego. Con la aparición de Clístenes en la escena política se produce una de las grandes crisis auténticas del mundo cultural griego. Veámoslo.

Hasta bien entrado el siglo VI la ideología dominante en la Hélade, sobre todo en la Grecia continental, es el espíritu dórico-délfico aristocrático, que tiene su representante secular en Esparta y su manifestación religiosa en Delfos. Aun-

---

11 Véase MONTERO *De Caliclés a Trajano*, Madrid, 1948, 26 ss.

que hoy esté en franca retirada la tesis de K. O. Müller, que ve en Apolo un dios dórico, no cabe ninguna duda de que, desde un punto de vista sociológico, los ideales religiosos délficos y los políticos de la Grecia dórica se hallan en íntima relación. Estudiando los temas de la propaganda délfica, Defradas [12] ha podido señalar los íntimos lazos ideológicos que unen a las ciudades dóricas y aristocráticas por un lado y la religión apolínea por otro. La cuestión es un poco distinta en Asia Menor. Jonia será la patria del movimiento racionalista, que llegará a su punto culminante con la sofística ateniense. Es en Asia, especialmente en las ciudades jónicas donde aparecerá, débil primero, pero con fuerza cada vez más visible, la conciencia de individualidad que dará al traste, finalmente, con el sentido colectivo y tradicionalista de la mentalidad aristocrática. Un Arquíloco, un Jenófanes, un Heráclito, a pesar del innegable talante aristocrático de alguno de ellos, prepararán, de un modo a veces inconsciente, la disolución del ideal aristocrático de la vida.

¿Cuáles son los puntos más esenciales de este ideal aristocrático de la vida? Políticamente, la absoluta subordinación del individuo al Estado, y el heraldo de esta idea es el poeta Tirteo, que compuso sus elegías para infundir valor a los soldados espartanos en la segunda guerra mesenia [13].

«Porque es hermoso— dice en uno de sus poemas— que un valiente muera, caído en las primeras filas, luchando por su patria» [14]. La ofrenda de la vida en aras de un ideal superior al individuo aparece aquí por vez primera en la historia del espíritu griego. En Homero, el héroe puede, es verdad, llegar a extremos de valor y, como Héctor, afirmar que su ideal es «ser siempre el primero». Pero lo que no aso-

---

12 *Les thèmes de la propagande delphique*, París, 1954; J. ALSINA *La Helena y la Palinodia de Estesícoro* (*Est. Cl.* IV 1957-1958, 157-175) y GUBBELS *De Godsdienst in de Staat van Platons Wetten*, Nimega, 1954, págs. 44 ss.

13 Cf. JAEGER *Paideia*, trad. esp., I 95 ss.

14 Tirteo, fragmento 6 Adr.

ma en Homero, lo que hubiera sido incomprensible para un héroe homérico, es ofrendar su vida en aras de un ideal que trascendiera la simple esfera individual. Los héroes de la epopeya mueren, pero sólo dan su sangre para consagrar su propio valer, su τιμή. No así el héroe aristocrático del cosmos espartano. En ningún otro momento como en Tirteo revela la poesía griega, de un modo más claro, cómo la creación poética surge de la vida de la comunidad humana, Aquí, el ideal homérico de la ἀρετή es transformado en el heroísmo del amor a la patria. Ahora, la πόλις es la suma de todas las cosas humanas y divinas. Por ella vale la pena vivir y morir.

No es una casualidad que el ideal religioso que se corresponde con este ideal político propugne una limitación de lo humano. El apolinismo, con su máxima fundamental del μηδὲν ἄγαν, recuerda constantemente al individuo humano sus propias limitaciones. Y lo que era Tirteo para la mentalidad política del nuevo ideal ciudadano, es Píndaro en el campo religioso. El apolinismo, el dorismo de Píndaro aparece claro en todos aquellos pasajes donde recuerda a los vencedores, constantemente, que hay un límite impuesto al despliegue de la humana actividad. ¡Cuántas veces, en el momento más entusiástico del canto, se dirige al vencedor amonestándole sobre los peligros de la ὕβρις, del pecado capital para la nobleza doria, que consiste en abrigar deseos vedados a la humana limitación!

Hay en este ideal dórico-aristocrático, a pesar de sus estrecheces de miras [15], una hermosa fuente de creación moral. Los representantes de la ética nobiliaria percibían en el fondo de sus almas esta verdad: que con el poder sobre los demás aumentan los deberes para consigo mismo.

---

15 El carácter «conservador» del ἦθος dórico halla su carácter más típico en Esparta. Que hay, por otra parte, una base sociológica en la doctrina arcaica de la ὕβρις me parece innegable. La nobleza arcaica defendió un «inmovilismo» que hallamos también en el «reaccionario» Platón. Sería interesante abordar en serio esta cuestión.

En el fondo de esta ideología aristocrática descubrimos un principio irracional, que es precioso estudiar brevemente para comprender la inversión de valores que representó, en su momento, la propagación de la doctrina democrática encarnada en Atenas. Cualquier lector de Píndaro sabe que son harto frecuentes y esenciales las referencias a la ἀρετά. ¿Qué es la ἀρετά? No la simple virtud guerrera, tal como podemos hallarla en los poemas homéricos o en la poesía o la prosa ática. La ἀρετά es la manifestación de las ocultas fuerzas que en el fondo del aristócrata anidan. Porque, y ahí radica el meollo de la mentalidad arcaica, las cualidades guerreras son don de un dios. Sólo aquel que puede demostrar una ascendencia divina posee innata, por naturaleza, la capacidad para el mando, la φυά y su manifestación, la ἀρετά. Esta no se enseña [16]. Y también para el poeta su vocación es un don divino. El maravilloso don de la poesía, lindante casi con la profecía, es un privilegio que le ha sido otorgado en gracia a su nobleza y que mantiene su superioridad frente a sus émulos:

«Es sabio quien posee
como un don gracioso el saber mucho.
Los que lo han aprendido
pueden graznar en vano
rivalizando con el ave divina de Zeus [17]».

Así se expresa, en una oda triunfal, acallando las voces de sus competidores el orgulloso poeta de la nobleza dórica.

Con la aparición de la democracia ateniense de Clístenes surge a la luz una concepción política capaz de rivalizar en grandeza y consistencia con la aristocracia dórica. Es más,

---

[16] El cariz «revolucionario» de la democracia ateniense aparece claro en el principio básico de la misma, esto es, la tesis de que la ἀρετή puede enseñarse. La sofística ha teorizado este aspecto de la democracia ateniense.

[17] Píndaro, *O.* II 83 ss.

al punto se convierte en su mortal enemiga ante la cual, al fin, tendrá que postrarse. No es extraño el odio a muerte que el noble dórico siente ante los «ateos» demócratas, que quieren destruir el orden reinante oponiendo una nueva concepción del individuo y de la ἀρετή. Los «malos», en la terminología de la época, quieren alzarse contra el hasta entonces indiscutible caudillaje de los «mejores». Con melancólico acento podrá decir un noble desposeído de sus privilegios a su joven amigo:

«Cirno, esta ciudad es aún una ciudad, pero sus habitantes son ahora distintos; antes no conocían ni el derecho ni las leyes, sino que en torno a su cuerpo vestían pieles de cabra... y se apacentaban, igual que los ciervos, fuera de la ciudad. Estas son hoy en día, ¡oh, Cirno!, las gentes de bien, y los buenos de antes, ahora son los villanos... A ninguno de estos ciudadanos hagas de corazón tu amigo, ¡oh, Polipaides!, por causa de necesidad ninguna; por el contrario, procura parecer con tus palabras amigo de todos, pero no te unas con ninguno en ninguna empresa importante, porque entonces conocerás la manera de ser de esos miserables... [18]».

Por supuesto que antes de abandonar definitivamente el mundo arcaico es preciso determinar el sentido último de sus aportaciones, porque de muchas de ellas vivirá, aun durante mucho tiempo, el propio mundo clásico. Si políticamente el siglo VI termina con una victoria o, por lo menos, con un alborear del espíritu racionalista de un Clístenes, durante gran parte de comienzos del siglo V perviven fermentos todavía palpitantes del mundo arcaico. Qué sea en su esencia este mundo arcaico es algo que escapa a fórmulas claras, a pesar del luminoso trabajo del profesor Fränkel [19]. Si el mérito de este filólogo ha sido poner en evidencia, de una

---

18 Teognis, 53 ss. (trad. de F. R. ADRADOS).

19 *Dichtung und Philosophie des frühen Griechentums*, Munich, 1962².

vez para siempre, el valor «en sí» del espíritu arcaico, poniendo punto final a la tendencia a considerarlo como una simple preparación expectante del clásico, no por ello resulta fácil dar una fórmula comprehensiva del auténtico significado espiritual de esta época tan importante en la historia del mundo helénico. Una cosa, empero, parece evidente: su carácter bifronte, su íntimo janismo, que se traduce en vibraciones y contrapuntos tan reveladores como apolinismo y dionisismo, aristocracia y democracia, misticismo y racionalismo.

No deja de ser ingeniosa y hasta cierto punto verdadera la fórmula de quienes han querido resumir la trayectoria espiritual del espíritu helénico como un tránsito del mito al λόγος, como una conquista continuada y heroica del mundo lógico que viene a destruir la creencia tradicional e ingenua en un mito simbólico y cambiante [20]. Pero, si ello es verdad en determinados sentidos y, sobre todo, en cierta perspectiva, no por ello es posible considerarlo como un logro definitivo. La historia del descubrimiento del hombre en suelo griego ha conocido varias etapas sucesivas en las que los helenos van ganando, en dura lid, los valores esenciales humanos en las tres esferas del pensamiento, voluntad [21] y afectos. Y por una falsa consideración histórica —por suerte hoy en día ya completamente superada, tras los esfuerzos de Nietzsche, Romagnoli y Dodds— se han empeñado los historiadores y filósofos en ver en Grecia simplemente —nótese que digo simplemente— la cultura que forjó para la Europa occidental la idea del hombre como

---

[20] Véanse mis observaciones a la traducción española del libro de W. NESTLE *Historia del espíritu griego* (Barcelona, Ariel, 1961).

[21] No obstante, en general se sostiene que la ética griega es netamente intelectualista. Contra esta tendencia, cf. R. MONDOLFO *La comprensione del soggetto umano nell'Antichità classica*, Florencia, 1954, páginas 391 ss. y OPSTELTEN *Beschouwingen naar aanleiding van het ontbreken van ons ethisch wilsbegrip in de oud-griekse ethiek*, Amsterdam, 1959, págs. 12 ss.

ser racional, como ser exclusivamente λογιστικόν. Pues bien, resulta que esa consideración puede, en todo caso, aplicarse tan sólo —y aun hasta cierto punto— a la aportación del siglo v, no a toda la larga duración de la cultura griega.

Durante una buena parte del siglo XIX la Filología clásica, alimentada por los últimos aleteos del racionalismo hegeliano, pudo paradójicamente trazar la curiosa dicotomía del espíritu helénico, hecho de apolinismo y dionisismo. Estos trabajos, esa labor interpretativa culminó, como es bien sabido, en Nietzsche. Junto a la Grecia racional, limitada, amante del número y la medida, se descubrió la Grecia infinita, ilimitada. Junto a Apolo, Dioniso [22].

Ahora bien, el alma dionisíaca alienta en la historia de la cultura griega durante el período arcaico para correr soterrañamente durante la época clásica, presta siempre a salir a la luz, cosa que hará en el período helenístico. De creer a Nietzsche, el *homo theoreticus*, el espíritu racional (y racionalista) destructor del mito, apareció tan sólo en la Hélade con Sócrates, y con él el espíritu burgués [23]: Sócrates, símbolo del λόγος que destruye al mito en la época clásica para, añadamos nosotros, convertirse a su vez en un mito [24].

Resulta curioso, a este respecto, constatar cómo ambos, mito y λόγος, no aparecen separados, sino que son correlativos y casi siempre simultáneos, con predominio de uno u otro, a lo largo de la historia de la cultura griega. El

---

22 NIETZSCHE *Die Geburt der Tragödie*, Stuttgart, 1955, págs. 120 y siguientes.

23 NIETZSCHE habla (l. c.) de la «vor ihm (esto es, Sócrates) unerhörten Daseinsform, den Typus des theoretischen Menschen», lo cual es, hasta cierto punto, falso (cf. JAEGER sobre el origen del ideal filosófico de la vida, en apéndice a la versión española de su *Aristóteles*).

24 Cf. GIGON *Sokrates*, Berna, 1947, que niega la posibilidad de verificar la realidad histórica del auténtico Sócrates.

λόγος, se ha dicho [25], no es ajeno, ni mucho menos, a una de las creaciones más típicas del mito helénico, como es la epopeya, donde se siente a cada momento la acción del λόγος ordenador y luminoso. Pero, por otra parte, ¿qué decir del λόγος estricto, de la filosofía en Grecia? ¿Es que aquí no hallamos un buen ingrediente de mito? Nada choca tanto al que por vez primera entra en contacto con los presocráticos como su fuerte elemento poético, mítico, que en sus pasajes, aun fragmentarios, hallamos. Desde Tales, quien afirma que todo está lleno de dioses, hasta las visiones de corte profético y poético de un Parménides y un Empédocles, toda la producción presocrática es mítica y alegórica [26].

Si la época arcaica es, pues, esencialmente mítica, no podemos olvidar su profundo anclaje [27] en el λόγος. No es posible olvidar que la Filosofía es una creación típicamente arcaica; que en Jonia apareció, por vez primera en la historia humana, un tipo de hombre que, como Goethe, puede afirmar que ««de lo oscuro aspira a lo claro». Este espíritu ilustrado, aunado con las nuevas posturas antropocéntricas del siglo v, traerá inevitablemente un nuevo humus histórico que dará pábulo a nuevas visiones de la vida y del mundo.

Una última observación acerca del período arcaico que nos parece de importancia para otear, en una perspectiva apropiada, las diferencias entre lo arcaico y lo clásico. El mundo arcaico ignora el sentido universal, panhelénico de la cultura. No preparado todavía el terreno para ello, no podemos decir que los helenos de la época de Píndaro o de Alcmán sintieran con plena conciencia que formaban parte de una vasta comunidad espiritual. El mundo griego se halla entonces, como después, materialmente, políticamente di-

---

25 Cf. S. LASSO DE LA VEGA *Grecia y nosotros*, en *Rev. Univ. Modr.* IX 1960, 441-481.

26 Cf. el estudio de JAEGER *La teología de los primeros filósofos griegos*, trad. esp., México, 1952.

27 El término procede de DEL GRANDE *Filologia minore*, Milán, 1956, página 218.

vidido. Sólo hay una unión hecha: la de saberse representantes de un mismo principio político, muchas veces con hondas connotaciones racistas [28].

Importa muy mucho no perder de vista que algunos de los fermentos espirituales del período arcaico renacieron en pleno siglo v por un movimiento que algunos no dudarán en llamar reaccionario. Heródoto y Sófocles pueden muy bien ser llamados los portavoces de esta ideología que, por encima de todo, acentúa la nulidad del hombre ante el dios, la limitación de la sabiduría divina. Dediquemos unos breves párrafos a este modo de pensar que en el fondo es típicamente arcaico.

III

Cuando Heródoto escribe la célebre introducción de su *Historia* no nos anticipa, ni mucho menos, toda la temática que abordará en el curso de los nueve libros. La finalidad de su «búsqueda», de su ἱστορίη, queda centrada aquí en torno a las «grandes acciones de la Humanidad», cantadas para evitar que el curso implacable de los tiempos las borre del recuerdo humano. Aletea en esa actitud herodotea el espíritu de la época arcaica. Así Homero resumirá su *Ilíada* en breves hexámetros, callando precisamente lo que da auténtica profundidad ética al poema: la curva del desarrollo moral de Aquiles.

Algo parecido cabe decir de Heródoto. Cierto; la idea directriz de su *Historia* es la iluminación del pasado con el resplandor de la palabra, que proporciona de este modo una especie de inmortalidad histórica. Heródoto, como Píndaro, contemporáneo suyo, cree firmemente que «la palabra sobrevive a los hechos» [29]. Pero al lado de esto se halla, subyacente, un fondo de preocupación teológica y filosófica que da a la obra del historiador sus rasgos inconfundibles. Ras-

---

[28] Sobre este problema, cf. JUETHNER *Hellenen und Barbaren*, Leipzig, 1923.

[29] Cf. Píndaro, *P.* VII 1 ss., y Heródoto, I 1,1.

gos que en última instancia —ello resulta inevitable— debe al ambiente de su propia época.

Heródoto es en cierto modo un hijo espiritual de Atenas. Porque Sófocles habrá de dejar en la obra del historiador de Halicarnaso una huella profunda. Ahora bien, junto a la concepción sofoclea de la vida se descubre, en la historia herodotea, la impronta endeleble de la especulación teológico-moral del pensamiento délfico, con su doctrina de los límites de la naturaleza humana. Y acaso de entre los θεολογούμενα délficos el más fructífero, el más profundo sea el de la oposición existente entre el saber humano y el saber divino [30].

Inútil decir que en este punto preciso el pensamiento sofocleo se identifica con las ideas délficas. Una parte considerable de las tragedias de Sófocles plantea descarnadamente la antinomia, profunda verdad humana, verdad divina. Pensemos tan sólo en Edipo.

El griego —se ha dicho— hállase bajo la maldición de la finitud. Y esa limitación de la humana naturaleza imposibilita a la mente helénica para elaborar una filosofía de la trascendencia que permita superar el conflicto trágico hombre-Dios.

Para la mentalidad arcaica, el ser humano se halla impotente ante la divinidad. Y ello, en la mente de Heródoto, es tanto más trágico cuanto que esta divinidad está concebida como una potencia demoníaca que, al parecer, es el auténtico enemigo del hombre.

La diferencia que se descubre aquí entre el pensamiento homérico y el de Heródoto no deja de ser profunda. En Homero, la divinidad aparece como un ser preocupado por lo humano. Los dioses pueden engañar a veces a los hom-

---

[30] Sobre este tema, cf. SNELL *Göttliches und menschliches Wissen* (en el libro *Die Entdeckung des Geistes*, Hamburgo, 1955³, págs. 184 y siguientes), así como DILLER *Göttliches und menschliches Wissen bei Sophokles*, Kiel, 1950.

bres; pueden, otras, cegarles [31]; pero al fin se echa de ver que sus móviles son claros y definidos. El hombre sabe a qué atenerse con respecto a ellos.

¡Qué distinta, la divinidad en Heródoto! Tanto, que lo primero que cabe decir es que ni siquiera es un ser personal. Se la denomina con mucha frecuencia «lo divino» —en neutro— para evitar llamarse a posible engaño. Dios, o los dioses, quedan de este modo, por un sutil procedimiento, alejados del campo de lo humano. Difícil resulta afirmarlo, pero es muy posible que aquí Heródoto se halle en la línea de los pensadores jonios, que también, a su vez, se esforzaron por deshumanizar el concepto divino de la creencia tradicional, intentando convertirlo en un principio causal despersonalizado.

Trazada así la diferencia ontológica entre el hombre y Dios, se plantea el problema de la culpabilidad humana, de la ἁμαρτίη, del pecado. Heródoto se ha encarado valientemente con la antinomia «saber humano-saber divino», especialmente en su libro primero, concebido como un pórtico, magnífico y aterrador a la vez, de su obra entera. Me refiero al destino de Creso. El destino de Creso es realmente inquietante. El rey de Lidia es un hombre «opulento». Su error estriba en identificar dos conceptos que en la mentalidad corriente de la época se confunden, pero no para el historiador: opulencia y felicidad (πλοῦτος - ὄλβος - εὐτυχίη). En vano Solón desplegará toda su sabiduría en un intento infructuoso por hacerle comprender la «verdad». Y no puede, porque el espíritu de Creso no está iluminado. Sólo con la dolorosa experiencia de su destino podrá descubrir el sentido radical de la existencia.

Desde el punto de vista puramente humano, Creso ha agotado todas las posibilidades. Ante el oráculo délfico, que le vaticina la muerte de su hijo por una espada, reac-

---

[31] Cf., sobre el concepto homérico de la divinidad, ALSINA *Pequeña introducción a Homero* (*Est. Cl.* V 1959-1960, 61-95).

ciona del modo más racional: alejando a su hijo de la guerra. Lo que falla aquí, sin duda, es su comprensión teológica.

El pecado de Creso, si de pecado puede hablarse, radica en una impiedad *sui gèneris*: en creer que conseguirá sustraerse a la palabra divina. Su pecado es el pecado de la limitación humana.

El dolor, pues, es el lazo de unión entre la ignorancia humana —que tal resulta ser su sabiduría— y la omnisciencia divina. Creso ha aprendido la lección y por ello podrá llamarle Heródoto más adelante «amado de los dioses».

Con la historia de Creso se ejemplifica la afirmación de que la vida es, toda ella, inconsistencia. Y, sobre todo, se pone de manifiesto que hay en la esencia de lo humano una falla radical. Se impone una «subversión de valores». Si comparamos ahora la generación de Esquilo con la de Eurípides comprobaremos que un abismo las separa. Esquilo vive de la ilusión optimista que representó la instauración de la democracia en Atenas y el triunfo de este ideal frente a las huestes del rey de Persia. Por ello, quizá, el optimismo que hallamos en el fondo de su concepción de la tragedia [32]. Para el trágico de Eleusis, en efecto, la tragedia es una oposición de principios, de mundos, de problemas, que halla su resolución final en una síntesis armónica. De aquí la necesidad de darse cuenta de que en Esquilo no nos hallamos ante tragedias aisladas. La concepción trilógica es esencial en su arte. Cierto que, empero, quedan restos del pesimismo arcaico en la mente esquilea. La idea del δαίμων, el demonio destructor, que acecha al hombre para perderle en el momento en que menos lo espera, se manifiesta todavía en al-

---

[32] El problema es algo complicado: el optimismo teológico de Esquilo no elimina la fuerte dosis de angustia que hallamos en sus tragedias (cf. ROMILLY *La crainte et l'angoisse dans la tragédie d'Eschyle*, París, 1955, y nuestra reseña en *Emerita* XXVII 1959, 404 ss.).

gunos pasajes de su obra [33]. Pero, a pesar de estos lejanos ecos arcaicos, Esquilo es profundamente clásico por la optimista teología que dimana de su obra y, de modo especialísimo, su concepción de Zeus, «que aprende a conocer a través del sufrimiento» [34] y que se yergue como el protector de la justicia. Aunque sus designios sean oscuros y sus caminos difíciles de penetrar, al final el hombre puede comprender el sentido de toda la obra divina. Cuando pasamos al mundo euripideo, todo eso ha cambiado. Resulta curioso observar que Eurípides ha intentado replantearse de raíz muchos de los problemas que han sido el nervio de la obra esquilea. El resultado es una disonancia esencial [35]. A pesar de que son dos espíritus emparentados por su afán de penetrar en el secreto íntimo de las cosas, son hombres que pertenecen a un humus histórico distinto.

IV

Que Eurípides sea un típico representante de la crisis de la conciencia helénica que hemos intentado analizar resulta evidente en muchos aspectos. En primer lugar, es en él donde hallamos formuladas las preguntas claves que delatan la crisis profunda del alma griega. Muy bien lo comprendió Aristófanes, al enfrentar a Esquilo y a Eurípides en sus *Ranas*. Esquilo es, dice Aristófanes, un hombre cuyos héroes pueden servir de estímulo, de modelo. Son personajes heroicos en todo el sentido de la palabra. Ha ocultado al público todos los defectos demasiado humanos de los mortales. En cambio, en Eurípides parece que los personajes

---

33 El problema ha sido abordado por DEICHGRAEBER *Der listensinnende Trug des Gottes*, Gotinga, 1954.

34 Esquilo, *Agam.* 176 ss.

35 Resulta interesante, a este respecto, comparar las dos plegarias, emparentadas por la forma pero absolutamente distintas en cuanto al espíritu, de *Agam.* 160 ss. y Eurípides, *Troy*, 884 ss. Sobre la «disonancia» de la obra artística de Eurípides, cf. RIVIER *Essai sur le tragique d'Euripide*, Lausana, 1945.

son todos ellos enfermizos, criminales y, desde luego, anormales. Mejor no podía, este gran crítico que fue Aristófanes, diagnosticar en sus comedias el mal que aquejaba a Grecia. A mi juicio, son éstas las grandes aportaciones de Eurípides a la historia espiritual de la Hélade: primero, una profundización del ser tan difícil de comprender para el hombre que es su propia compañera, la mujer; segundo, el ataque a las barreras que separan del esclavo al libre, del bárbaro al griego, de la mujer al hombre; y por fin el descubrimiento de algo que la mente griega hasta entonces había apenas intuido: que el hombre y la divinidad pueden ser amigos. Que no es nada absurdo hablar de amor de Dios.

No es difícil percibir que en realidad sólo en un ambiente de disolución política podía Eurípides realizar estos descubrimientos. Sólo cuando está en crisis el concepto de πόλις, fautora de las divisiones políticas entre los hombres, fuente de donde dimana el particularismo griego, principio de la idea de que los dioses están adscritos, como quien dice, a su ciudad, se pueden plantear estas cuestiones.

Que el poeta Eurípides ha descubierto a la mujer como ser humano es una afirmación que hoy por hoy no puede ya ponerse en duda. Es más, frente a la concepción decimonónica que veía en Eurípides un misógino, se está imponiendo la idea opuesta de que fue en realidad un gran defensor de la mujer, un auténtico feminista. Me siento orgulloso de haber sido uno de los primeros en llamar la atención sobre este hecho [36].

Nadie podrá negar que este sencillo descubrimiento estaba llamado a revolucionar toda la concepción griega de la vida. Antes de Eurípides, la mujer estaba prácticamente encerrada en el gineceo, en las cuatro paredes de la casa, sin

---

[36] Hemos tratado especialmente de este problema en repetidas ocasiones: *La posición de Eurípides ante la mujer* (*Actas del Primer Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1958, 447-453); *Studia Euripidea. III* (*Helmantica* IX 1958, 87-132) y *Observaciones sobre la figura de Clitemestra* (*Emerita* XXVII 1959, 297-321).

derechos apenas. Eurípides ha roto los grilletes de la mujer gracias a los esfuerzos realizados en sus obras por dotarla de una personalidad, de un alma. Hay figuras de su teatro que son inmortales por el amor que ha puesto en su tratamiento. Ifigenia, Fedra, Macaria, Medea, Alcestis son figuras que después de Eurípides han sido dotadas de una profundidad psicológica de que carecían.

Eurípides sólo pudo destruir los perjuicios de su época a través de la ruptura con la mitología o, mejor, atacando de raíz la mentalidad mítica en que, de un modo anacrónico, se movían todavía muchos espíritus.

Es sintomático el pasaje famoso de las *Troyanas* [37] en que Helena intenta defenderse de la acusación de que ella es la causante de la guerra de Troya. Helena acude a la argumentación mítica, que suena a falsa ya en sus labios: fue Afrodita la que la obligó a realizar su acto. Y Hécuba, en un modélico argumento, demuestra que llamamos dioses a nuestras propias pasiones. Ahí radica una de las revoluciones más profundas de nuestro trágico. Y una de las más significativas. Eurípides ha traído a la tierra, podríamos decir, la responsabilidad humana que había estado en el cielo [38]. El hombre ya no puede atribuir la responsabilidad de sus actos a los dioses. El hombre es el responsable de sus actos. Culmina aquí la línea ética iniciada en Atenas con Solón, continuada por Sócrates y rematada por los sofistas y por Eurípides. Desde ahora, el hombre se ha convertido en auténtica persona y es un individuo que puede sentir en contra de la ciudad, del Estado. Estamos en pleno individualismo.

La segunda gran aportación de Eurípides es la idea de que el hombre es libre por naturaleza y de que la bondad y

---

[37] *Troy.* 969 ss.

[38] El descubrimiento de la responsabilidad humana ha conocido una larga historia en Grecia. Aparece por vez primera expresado en α 32 y siguientes y se continúa con Hesíodo y especialmente con Solón y Esquilo (cf. SOLMSEN *Hesiod and Aeschylus,* Ithaca, 1949).

maldad no dependen de la estirpe, sino de la naturaleza. De golpe asistimos al desmoronamiento de toda la creencia tradicional entre los helenos, que dividían a los hombres en griegos y no griegos. Y, naturalmente, los no griegos, los bárbaros, carecen de humanidad, no son personas. ¡En cuántas obras no ha atacado, directa o indirectamente, esta arraigada creencia griega, lo cual tenía que abrir amplios horizontes en la Humanidad, preparando la comprensión entre todos los hombres! Y afirmación tan revolucionaria sólo podía ser hecha en un ambiente de crisis de la conciencia helénica tradicional, orgullosa y en cierto modo racista. La idea de que los griegos forman una nación a pesar de las diferencias de lengua —pequeñas, pero existentes— y de cultura queda aquí aniquilada de raíz para dejar paso a una concepción más radical, profunda y universal.

Finalmente, Eurípides ha podido entrever, sólo entrever, aspectos que la mezquina concepción clásica de los dioses oscurecía. Ha intuido, como a medias revelada, la concepción según la cual los dioses pueden amar al hombre y sufrir por él, y puede existir auténtica amistad entre el fiel y el dios [39]. Cierto es que parte de estas ideas se hallan *in nuce* en Homero. Pero entre la amistad que hay entre Atenea y Ulises y la que existe entre Artemis e Hipólito hay todo un abismo. Emana del Hipólito euripideo un hálito de pureza, de profundo misticismo, que esta plegaria que el creyente dirige a su divinidad puede revelarnos en parte:

«Te traigo, ¡oh, diosa!, esta corona que he trenzado con flores de una pradera intacta, en la que ni el pastor osa entrar su rebaño ni ha penetrado el hierro; sólo la abeja, en primavera, recorre el prado sin hollar; la diosa Castidad lo riega con rocío del arroyo. Y los que nada han aprendido, sino que forma parte de su naturaleza ser virtuosos en todo,

---

[39] Cf. CHAPOUTHIER *Euripide et l'accueil du divin* (en el libro en colaboración *La notion du divin depuis Homère jusqu' à Platon*, Ginebra, 1954, págs. 205-225).

pueden cortar las flores: mas no está permitido a los impuros. Diosa querida, para ceñirte los cabellos de oro, acepta la corona de mi mano piadosa. Pues sólo yo entre los mortales tengo este privilegio de estar contigo y conversar contigo, escuchando tu voz aunque tu rostro no lo veo [40]».

Los dioses de la época clásica, que está ya moribunda con Eurípides, no podrían, a buen seguro, comprender esta extraña plegaria. Pero con ella se da comienzo a un nuevo período de la historia de la religiosidad griega. Comprendemos que muy pronto los cultos de Oriente estén a las puertas de Grecia, que los recibirá con los brazos abiertos. Porque el griego estaba ya cansado de unos dioses tan formalistas y rituales.

La guerra del Peloponeso con sus crueldades y, sobre todo, con la íntima destrucción de la unidad griega, acabará de hecho con la creencia tradicional en lo que hasta entonces había vigido como dogma. Así esta guerra actuará como la Reforma o como las guerras europeas. Como factor de crisis, de la que nacerá un nuevo mundo.

V

Cuando Heródoto da a luz sus nueve libros de la *Historia*, el espíritu helénico está pasando por una profunda crisis. Se agitan ahora en el alma griega fermentos nuevos que habrán de transformarla de raíz y que terminarán, finalmente, con las creencias y los valores tradicionales. Proyectada sobre este fondo nuevo, la obra de Heródoto se nos aparece como anacrónica. Cabría incluso decir, con Schwartz [41], que nació ya anticuada. Así anotado, el hecho no tiene en sí mismo mucho de sorprendente. Heródoto y Tucídides pertenecen a generaciones distintas y en momentos determinados de la historia humana, en los que domi-

---

[40] *Hip.* 73-86 (trad. de F. R. ADRADOS). Sobre esta plegaría cf. FESTUGIÈRE *Personal Religion among the Greeks*, Berkeley, 1954, 12 ss.

[41] *Figuras del mundo antiguo*, trad, esp., Madrid, 1942, pág. 39.

na un «ritmo acelerado», la simple diferencia de una generación puede abrir un verdadero abismo.

Simplificando un tanto las cosas, porque los hechos no son tan sencillos como aquí expondremos, es lícito decir que la diferencia espiritual entre Heródoto y Tucídides —y entre sus generaciones respectivas— radica en un enfoque opuesto del problema de la grandeza humana. Para Heródoto los hombres del pasado fueron y son héroes; para la generación siguiente, los héroes no son más que hombres, a veces simples caricaturas humanas.

«El mito —ha dicho Ortega— es siempre el punto de partida de toda poesía, incluso de la realista. Sólo que en ésta acompañamos al mito en su caída. El tema de la poesía realista es el desmoronamiento de una poesía».

Pues bien, Heródoto en este punto preciso está anclado en el mito. Sus personajes son, en la inmensa mayoría de los casos, auténticos arquetipos míticos. Son figuras agrandadas por el coturno. Recordemos a Creso, con su destino trágico a cuestas; recordemos, sobre todo, a las enormes figuras de la Atenas de las guerras médicas.

Si damos al término «mítico» el valor de algo engrandecido e iluminado por la ingenuidad y la fantasía humanas, no cabe duda de que mítica es toda la historia herodotea. Sus figuras son auténticos paradigmas humanos. Lo que han realizado no cabe medirlo con los módulos corrientes, que él trasciende. La lucha de Grecia contra Persia, tema central de su obra, conviértese así de golpe en algo grandioso, inconmensurable, «mítico». Es un desafío a la razón.

«Aquí combatieron, contra tres millones de persas, cuatro mil soldados del Peloponeso». Esta inscripción resume la batalla de las Termópilas en el libro VII. No puede concebirse nada más «irracional». David venciendo a Goliat.

Es en este sentido en el que puede hablarse de Heródoto —y de su generación— como «épico». Su historia es una auténtica epopeya. Sólo que, mientras en Homero el tema

es el mito tradicional, en Heródoto el mito lo suministra el mundo contemporáneo. La actualidad, el presente, se ha convertido ya en algo «fabuloso», mítico, increíble. Las guerras Médicas quedan así —pensemos en los precedentes de Frínico y Esquilo— elevadas a categoría, proyectadas al infinito, idealizadas.

Cuando pasamos de Heródoto a Tucídides, tenemos la sensación casi física de haber llegado a un universo extraño. Parece como si hubiésemos abandonado una representación trágica para entrar en el laboratorio de un científico. Frente al coturno de Heródoto, Tucídides opone su microscopio. Un microscopio extraño, realmente, que sólo agranda los humanos defectos y que, proyectado sobre todo lo que es —o era— heroico, lo transforma en un ser lleno de imperfecciones y miserias. El cristal del microscopio tucidideo tiene un nombre bien conocido: se llama «razón»; esa razón que, como decía Unamuno, mata.

Para la generación de Tucídides no hay grandes hombres. El héroe ha caído de su pedestal y se ha esfumado, volatilizado. Porque ¿qué fue, en realidad, la guerra contra Persia?, se pregunta el historiador ático. Una mera escaramuza, contesta resueltamente. ¿Y la guerra de Troya? Una simple acción de piratería embellecida por Homero. Pero ya sabemos, afirma Tucídides, lo que suelen hacer los poetas. No hay que prestarles mucho crédito.

Así es como hay que entender las afirmaciones de Ortega, antes citadas, acerca de las etapas realistas de la poesía. Porque el microscopio de Tucídides lo emplean igualmente los poetas de su época. Pensemos, por ejemplo, en Eurípides. Claro que en Eurípides no podemos hablar exclusivamente de racionalismo. Hemos superado ya la visión simplista de un Verrall [42] que, reducida a sus justos límites, no deja, con todo, de ser cierta. Con diáfana

---

[42] *Euripides, the Rationalist*, Cambridge, 1913² (cf. DODDS *Euripides, the Irrationalist*, en *Cl. Rev.* XLIII 1929, 97-104).

claridad lo vio Aristófanes al oponer en las *Ranas* a Esquilo contra Eurípides. Porque la misma distancia espiritual que existe entre Esquilo y Eurípides se halla entre Heródoto y Tucídides. El trágico Esquilo y el épico Heródoto han colocado a sus personajes sobre el coturno que convierte al actor —al hombre— en semidiós. Tucídides y Eurípides, por el contrario, han proyectado sobre la materia mítica el temible microscopio de la razón.

Los héroes de Eurípides —se lamenta Aristófanes— son hombres a los que podemos ver cada día en la calle, en el ágora. Son seres arrancados de la vida cotidiana, sin la grandeza heroica que hallamos en los personajes de Esquilo, el ex combatiente de Maratón.

Aunque ligeramente tocada por el pesimismo arcaico, la generación de Heródoto es, en el fondo, optimista. Todavía, por lo menos, no ha perdido la ingenuidad, clave de toda auténtica poesía, y entiendo aquí poesía en su sentido primigenio de «creación». A pesar de sus tintes pesimistas, un halo de ilusión y esperanza anima su obra. Y Esquilo dirige hacia el futuro, hacia un mundo mejor, su mirada clara y optimista.

Pocos años más tarde, todo se ha trastocado. El hombre ha perdido la esperanza y la ilusión. La poesía está herida de muerte. Como el niño que ha desmontado su juguete, el griego ha desmontado, pieza por pieza, el mundo infantil y grandioso del mito. Y ha sobrevenido —¿cómo no iba a ser así?— el desencanto. El microscopio ha convertido en caricatura lo que era, sobre el coturno, clara fuente de grandeza y de vida.

VI

He aludido, al principio de esta conferencia, a la crisis de la conciencia europea que aparece precisamente en el momento en que Europa renuncia a los valores que hasta el momento vigían como inquebrantables. La crisis de la conciencia europea es igualmente un dudar de sí misma. Pero, y esto tiene que inspirar un poco de optimismo, si es lí-

cito aceptar un cierto paralelo entre la historia griega y la europea, podemos en este caso proclamar que la crisis de la conciencia europea no es necesariamente una crisis definitiva, sino, a lo sumo, una crisis de crecimiento. Un momento de indecisión, un pequeño alto en la interminable pulsación de la vida de Occidente.

Un hecho es sintomático y al tiempo esperanzador. Resulta curioso contemplar hasta qué punto la crisis de Occidente, este ponerse en duda a sí mismo, coincide con una coyuntura, en la valoración de la Antigüedad, en que el valor ejemplar de esta Antigüedad a la que llamamos clásica deja de ser esto, ejemplar. Es sintomático, digo, que el historicismo, con su pretensión iconoclasta respecto al mundo clásico, aparezca en el instante en que la propia Europa se torna cuestionable. Y no sólo Europa, sino todo lo que es cultura europea. Cuestionable su arte, su literatura, su pensamiento. El mismo hombre se ha vuelto cuestionable para sí mismo [43]. Con la destrucción de Alemania en la primera guerra mundial se consuma el ataque dirigido contra el mundo clásico, que deja de ser tenido como ejemplar para ser colocado a la misma altura que el mundo polinésico. Pero al mismo tiempo, con los intentos de superación del historicismo coincide —otra luz esperanzadora— una nueva valoración del mundo antiguo. El tercer Humanismo, inspirado por Jaeger, toma como punto básico de su concepción del mundo clásico el valor pedagógico de Grecia; y con mucha razón se ha hecho notar que ahora, más que nunca en la historia de la Literatura occidental, el mito heleno es utilizado de nuevo, pero con un afán de interpretación nuevo, radical, como jamás el hombre había realizado [44]. Y es altamente paradójico que el mito sea el foco, el centro de atracción de esta nueva valoración de Grecia.

---

[43] Cf. nuestro trabajo *Cultura clásica y humanismo moderno*, en *Arbor*, XLIII bis, 1959, 481-502.

[44] DÍEZ DEL CORRAL *La función del mito clásico en la literatura contemporánea*, Madrid, 1957, págs. 24 ss.

Europa, raptada espiritualmente según el símil hermosamente utilizado por Díez del Corral [45], debe ser reintegrada a su sentido prístino. Europa debe volver a recobrar el tino y la calma perdida para poder bucear en sí misma y extraer la savia que precisa para su recuperación. Su mirada, hasta hace poco alejada de Grecia y de Roma, debe volver a dirigirse hacia este hontanar milenario, fuente donde ha sabido encontrar siempre el estímulo necesario para continuar su marcha adelante. Y si ello ha de ser así, debe continuar fiel a sí misma. Jaspers, en un intento por esclarecer el sentido último de Europa [46], ha podido señalar que los tres elementos integradores del ser occidental, las tres fuentes, los tres estímulos que hacen de Europa lo que es, son la historia, la libertad y la ciencia. ¿No resulta aleccionador que sean éstas las tres grandes creaciones del espíritu griego? Spengler y con él los corifeos del historicismo apocalíptico y decadente se han empeñado en negar sentido histórico a los griegos. Pero, dejando aparte el problema de la innegable profundización del sentido de la historia que representa el Cristianismo, en especial por obra de san Agustín, ¿no resulta grotesco negar sentido histórico a una cultura que nos ha legado, con el nombre, la esencia misma de la búsqueda del acontecer humano? Todavía hoy los grandes historiadores actuales, repletos de lo que llamamos con un cierto orgullo pueril «conciencia histórica», ponen de relieve hasta qué punto un griego, Tucídides, creó de la nada, como quien dice, y de una vez para siempre la metodología histórica con sus exigencias de probidad, veracidad y exactitud [47]. Y, por otro lado, ¿no es la obra histórica de Tu-

---

45 O. c. en n. 4.

46 *Balance y perspectiva*, Madrid, 1953, págs. 163 ss.

47 CORNFORD *Thucydides Mythistoricus*, Londres, 1907, es el único crítico moderno que se ha atrevido a desvalorizar el carácter objetivo e histórico de la obra de Tucídides, sosteniendo que ha traspuesto a la historia la técnica formal de la tragedia griega. ¡Como si la «forma» de una obra histórica invalidara el verdadero sentido de la misma! (cf., en

cídides un heroico intento por explicarse a sí mismo y a los demás algo que resultaba incomprensible, misterioso para todos los espíritus de su época, la muerte y la derrota de un Estado que había llegado a su apogeo de esplendor? Y ahora y siempre, este noble empeño por interrogar a la esfinge del pasado ha sido la fuente de inspiración de toda gran historiografía.

Y ¿qué decir de la ciencia? Quien ha leído las exigencias hipocráticas, todavía hoy modélicas tanto en lo que respecta a la ética profesional como a la probidad científica, sabe muy bien que, si hemos superado en algunos aspectos a Grecia, ésta todavía puede muy bien ser considerada como maestra y guía metodológica. Farrington, Schrödinger y el mismo Einstein lo han proclamado.

Por último, nadie ignora la contribución innegable de Grecia a la idea de libertad, sobre todo de libertad interior. Con profundo sentido de lo que Grecia representa para la historia de la noción de la libertad ha podido decir el profesor Pohlenz [48], en un trabajo precisamente consagrado a la idea de libertad, que nadie puede comprender enteramente la cultura griega si no tiene en cuenta la esencia del sentido griego de dicha palabra. Profundizada por el radical sentido del Cristianismo, Grecia es en muchísimos aspectos acreedora del mundo occidental. Por ello, cuando nos ponemos a reflexionar sobre este mundo tan alejado y al tiempo tan próximo al actual, nos resulta inevitable volver la mirada hacia el nuestro, al que explica y da sentido. Porque en Grecia no sólo se ha vivido, en miniatura, la primera historia de Occidente, sino que en cierto modo, como con frase gráfica y profunda ha podido decir Zubiri [49], nosotros mismos somos los griegos.

JOSÉ ALSINA

---

cambio, GOMME *The Greek Attitude to Poetry and History*, Berkeley, 1954 y ROMILLY *Histoire et raison chez Thucydide*, París, 1955).

[48] *Griechische Freiheit*, Heidelberg, 1954, págs. 169 ss.

[49] *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid, 1959[4], pág. 300.

Reunión de la Junta Directiva

Presidida por don Martín Sánchez Ruipérez, se reunió la Junta Directiva de nuestra Sociedad el pasado día 20 de mayo en nuestro domicilio social.

La Junta examinó detenidamente las propuestas de las Comisiones nombradas para calificar los trabajos presentados al Concurso entre alumnos del Curso Preuniversitario y concedió los premios según informamos más adelante.

Se estudió con todo interés la necesidad de la creación de una Sección de Filología Clásica que atienda al sector estudiantil de toda la mitad sur de España, donde se produce una mayor demanda de Licenciados en esta especialidad en virtud precisamente de esta carencia. Como resultado de la reunión se acordó enviar al Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional el escrito que a continuación reproducimos.

La Junta se congratuló del éxito obtenido por la iniciativa de crear un tipo de socios estudiantes, cuyo número ha desbordado los más optimistas pronósticos, como pueden ver nuestros lectores en la relación que se inserta al final de este boletín. Igualmente ha sido motivo de gran satisfacción para nosotros el poder comunicar a nuestros socios que ha quedado agotada la edición de diapositivas que hizo la Sociedad para su utilización en nuestras clases. En vista de ello se prepara una reedición, que esperamos pueda estar muy pronto a disposición de quienes las necesiten.

Escrito dirigido al Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional

La Junta Directiva de la Sociedad Española de Estudios Clásicos acordó dirigirse respetuosamente a V. E para hacer presente al Ministerio de Educación Nacional la conveniencia y aun necesidad de que se proceda a la creación de una Sección de Filología Clásica en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla.

Actualmente son sólo tres las Secciones de Filología Clásica (las de Madrid, Barcelona y Salamanca) que atienden a la formación de graduados especializados en Griego y en Latín, no obstante lo cual, en el plano científico, pueden presentar un brillante historial de vitalidad y fecundidad, desarrollado en los Seminarios que poseen dichas Secciones y en el Instituto «Antonio de Nebrija» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Pero la función social de suministrar todo el personal docente cualificado que necesita la Enseñanza Media, no puede ser debidamente atendida por las tres secciones existentes, y mucho menos lo podrá ser en el futuro inmediato, para el que se prevé una gran expansión de los estudios de Bachillerato.

Considerado con este criterio el actual estado de cosas, se da el absurdo de que la Filología Clásica cuenta con el mismo número de secciones que la Filología Semítica (Barcelona, Granada y Madrid), siendo así que esta especialidad no tiene proyección alguna en la Enseñanza Media. Por otra parte, si se tiene en cuenta que en un Instituto de Enseñanza Media la plantilla prevé dos cátedras de Filología Clásica (una de Griego y una de Latín) y una sola de Historia, resulta injustificable la inferioridad numérica presente de las secciones de Filología Clásica respecto a las de Historia, que son nueve (Barcelona, Granada, Madrid, Murcia, Santiago, Sevilla, Valladolid, Valencia y Zaragoza) y que llegan a once

si se suman las dos de Historia de América (Madrid y Sevilla).

Como consecuencia de esta situación, y del hecho de que los estudiantes universitarios españoles suelen seguir la especialidad que se les ofrece en la Universidad de su distrito o en la más próxima, existe una fuerte demanda, no satisfecha, de profesores de Griego y de Latín y hasta se ha dado el caso de que, en las oposiciones a cátedras de Instituto de estas dos materias celebradas en los últimos años, no han podido generalmente cubrirse todas las plazas. Esta misma escasez hace que las enseñanzas de estas asignaturas en los centros de Enseñanza Media suelan estar desempeñadas, en la mayoría de los distritos universitarios, por graduados de otras especialidades no cualificados para ellas.

La actual distribución geográfica concentra, además, estas Secciones en la mitad norte del país, consideración que, unida a la existencia de sólo dos Secciones y a la presencia de tres catedráticos titulares (los de Filología Latina, Paleografía y Diplomática y Arqueología, Epigrafía y Numismática) con cátedras idénticas o afines a las de Filología Clásica en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, hace de esta Universidad el Centro más indicado para la creación de una de las secciones de Filología Clásica que evidentemente necesita el país.

Coloquio sobre «Teoría política de la Antigüedad clásica»

Como ya comunicamos a nuestros lectores en el número anterior de este boletín informativo, durante los días 22 al 24 del pasado mes de abril celebró nuestra Sociedad en Madrid un coloquio en el que participaron como ponentes los Dres. Rodríguez Adrados, Tovar y d'Ors, y además tomaron parte como invitados de la Sociedad los Sres. Alvarez Suárez, Calonge, Castresana, Díaz Tejera, Dolç, Fernández-Galiano, Fontán, Fuenteseca, García Bellido, García Bláz-

quez, García Calvo, Gil Fernández, Hernández Vista, Lledó, Marín Peña, Mariner, Montenegro, Rodríguez Brasa, Ruiz de Elvira, Sánchez Agesta, Sánchez Lasso de la Vega, Sánchez Ruipérez, Srta. Santiago, Valentí y Zaragoza.

La afluencia de público fue extraordinaria y desbordó ampliamente las posibilidades del local; igualmente fue muy grande el interés con que se siguieron los debates, pese a su gran duración, hasta el punto de que la Sociedad ha pensado en repetir este tipo de actividades, que han constituido un franco éxito, al permitir una mayor intervención de las personas interesadas en torno a una serie de temas concretos que al mismo tiempo afectan a un campo de estudios de amplia repercusión.

Previa la exposición de los respectivos ponentes, ya mencionados, fueron debatidos en los tres días del coloquio los temas anunciados, a saber, *La teoría política de la democracia ateniense*, *La teoría política de Sócrates y Platón* y *Sobre el no estatismo del imperio romano*. Los presidentes de las tres reuniones fueron, respectivamente, los Sres. Sánchez Ruipérez, Rodríguez Adrados y Mariner, que encauzaron en todo momento la discusión e intervinieron en la misma. Después de las intervenciones de los invitados oficiales, se dio oportunidad al público asistente para que interviniera, y así lo hicieron algunas personas.

En su ponencia, D. Francisco Rodríguez Adrados sostuvo la existencia de toda una fase del pensamiento político griego, la fase liberal y democrática, cuyo valor teórico negó luego Platón, procediendo en esto con parcialidad. Apoyándose en una serie de principios previos sobre la solidaridad entre teoría y práctica y entre el pensamiento político y el pensamiento sobre el hombre en general en esta época, el ponente estableció la existencia de dos teorías diferentes, a saber, la teoría de la democracia religiosa y la de la democracia laica, que en la praxis política encontraron su reflejo en la Atenas de Cimón y en la de Pericles, respectivamente. Su estudio estuvo centrado, primordialmente, en Esquilo por lo

que se refiere a la democracia religiosa y en la sofística con respecto a la democracia laica. Postuló el carácter esencialmente político de Esquilo, que, afirmando la existencia de valores absolutos anclados en la divinidad, cree en la posibilidad de una conciliación entre aquellos de entre ellos que resultan enfrentados. De otra parte, abogó por el reconocimiento de la existencia de un pensamiento constructivo, concretamente democrático, en los más antiguos sofistas; su diferencia fundamental respecto a Esquilo es su pensamiento puramente antropocéntrico, pero coinciden con él al afirmar la unidad de la naturaleza humana, que es el fundamento de toda teoría democrática. Señaló finalmente las dificultades internas de esta teoría según aparecen en los sofistas posteriores, así como sus implicaciones con la práctica.

La lectura de la ponencia suscitó una viva discusión, en la que intervinieron, entre otros, los profesores d'Ors, Ruiz de Elvira, Fernández-Galiano, S. Lasso de la Vega, Montenegro, García Calvo, Rodríguez Brasa, Gil, Lledó, Hernández Vista, Calonge y Fontán. Estas intervenciones se refirieron a puntos muy concretos. Por ejemplo, D. Alvaro d'Ors sostuvo la teoría tradicional de que en Grecia no existe teoría política hasta Platón, apoyándose en su idea de que una teoría política sólo surge en época de crisis. El ponente alegó que la época de Esquilo precisamente es la superación de la crisis de la aristocracia griega, y el Sr. Lledó definió la palabra «teoría» como un mirar la realidad y reflexionar sobre ella. Acerca de este punto hubo otras varias intervenciones. Algunas otras, como la del Sr. Ruiz de Elvira, trataron de centrar la discusión sobre una base más amplia, insistiendo en las debilidades de toda teoría política, inherentes a la naturaleza humana, y en sus inconsecuencias y alejamiento de la realidad. El Sr. Fernández-Galiano aludió, por su parte, a la dificultad de compaginar los elementos irracionales contenidos en los dramas de Esquilo y la conciliación que resulta al final de algunas trilogías; discutió también el alcance de los temas políticos en Esquilo. El ponente mantuvo sus puntos de vista, concediendo que, desde luego, no se llega a una armonización absoluta, aunque esa es, desde luego, la tendencia de Esquilo. El Sr. Sánchez Lasso de la Vega sostuvo, a su vez, la tesis de que existe en la teología esquilea un optimismo evolucionista; los dioses son espíritu de progreso. El ponente creyó más justo afirmar que Esquilo considera más bien que, a partir de un cierto momento, hay situaciones fijas que se repiten siempre en forma análoga.

El segundo día, D. Antonio Tovar, hablando de Sócrates y Platón, comenzó diciendo que la situación de Sócrates en una época de grandes cambios lo enfrenta con el problema de la aparición del individuo y la moral. Surge la conciencia individual, a la vez que el egoísmo se formula racionalmente. Sócrates va fijando su pensamiento moral en polémica con los sofistas y los aristócratas de mentalidad sofística. La política para él es moral, y la expresión de la moral son las leyes de la ciudad. De ahí nace el conflicto de su muerte: se somete a las leyes de la ciudad, que son por sí santas y justas. Platón escribe sus obras cuando el racionalismo ha triunfado. Por otro lado, la realidad le repugna. Por eso establece que el gobernante debe ser filósofo, o bien el filósofo ha de ser rey. La base y cimiento de la ciudad es la justicia. La ciudad ideal está encaminada al logro de la existencia filosófica. Para lograr este fin, Platón vaciló entre las ventajas del «rey», que, como el médico, sabe en cada caso qué norma procede, y de la ley, que regula de manera general. Los grandes escritos políticos de Platón son los últimos intentos de someter la política a la filosofía. La ponencia estuvo muy abundantemente ilustrada con la aducción de los textos platónicos referentes a los puntos estudiados.

A continuación intervinieron los profesores Ruiz de Elvira, Rodríguez Adrados, Lledó, S. Lasso de la Vega, Rodríguez Brasa, Fernández-Galiano, García Calvo, Montenegro, Hernández Vista, Gil y Díaz Tejera, los cuales insistieron sobre diversos aspectos del pensamiento de Sócrates y Platón. En general, puede decirse que hubo mayor unanimidad en admitir las interpretaciones del ponente, cuya mezcla de método biográfico y sistemático fue elogiada por algunos. Hubo una discusión bastante viva respecto a la tragedia íntima de Sócrates, revelada por su muerte, que dejó al descubierto la oposición entre la ciudad de Atenas y la filosofía; sobre este punto se presentaron algunas interpretaciones discrepantes. El Sr. S. Lasso de la Vega anunció conclusiones de trabajos suyos inéditos que buscan un emparentamiento de las ideas platónicas sobre la justicia con otras de los sofistas Protágoras y Antifonte, de lo cual discrepó el Sr. Rodríguez Adrados. El filolaconismo de Platón y sus posibles razones fue otro de los temas debatidos.

Finalmente, el día 24, D. Alvaro d'Ors desarrolló su ponencia, en la cual sostuvo el carácter no estatal del imperio romano. Comenzó presentando una comparación entre el pensamiento político griego, territorialmente vinculado al recinto ciudadano de la πόλις, y el pensamiento romano, esencialmente personalista, radicado en el *nomen Romanum*, que permite superar los límites territoriales de la urbe y establecer un imperio. Esto explica que la teoría política del estado moderno, eminentemente territorial, haya encontrado más interesante la teoría política griega que la experiencia romana. La tradición romana en la historia europea pervive en las diversas formas de mediatización del poder, empezando por el sometimiento de los reyes al emperador, el conflicto permanente entre potestad civil y autoridad papal, etc. Tensiones todas ellas que resultan incomprensibles para el estatismo, pero que tienen un renovado interés en el momento actual, de crisis del Estado y de apertura a estructuras universales pluralistas.

Intervinieron en la discusión de la ponencia, que fue muy larga y minuciosa, los profesores García Bellido, Fuenteseca, Castresana, S. Lasso de la Vega, Dolç, Fontán, Ruiz de Elvira, Gil, Sánchez Ruipérez, Mariner y Rodríguez Adrados. Este último y el Sr. Gil trataron de quitar alcance a la oposición entre la concepción griega y la romana del Estado, señalando todos aquellos elementos gentilicios y en general no territoriales que existen en el Estado griego; en Roma nos hallaríamos más bien ante una evolución desde un punto de partida semejante al griego. El Sr. Fuenteseca hizo constar que el título de la ponencia del profesor d'Ors significa la aceptación de una teoría del Estado que no es compartida por todos los investigadores. Pasando a otros temas más pormenorizados, fueron objeto de revisión y estudio algunos de los datos en que se apoyó: por ejemplo, los arqueológicos (por el Sr. García Bellido), las etimologías de *populus*, πόλις, etc. (Sres. F.-Galiano, S. Ruipérez y otros), el uso de los *tria nomina* (Sr. Dolç), etc. La creación de las tribus rústicas, que constituye la introducción de un principio no territorial, fue también objeto de debate. En general, puede decirse que las ideas del profesor d'Ors, aunque controvertibles en varios puntos, despertaron un gran interés por su originalidad y por su aplicación a la interpretación de diversos hechos: *limes* romano, creación de los reinos bárbaros como continuación de las provincias romanas, etc.

Dado el interés del coloquio, la Sociedad piensa publicarlo en un número monográfico de nuestra revista.

Concurso de Preuniversitario

El premio del tema de griego (*Los caracteres de la «Ilíada»*) ha sido concedido al trabajo presentado por D. Rafael A. Domínguez Molinos, del Real Colegio de Escuelas Pías de San Fernando de Madrid. El premio del tema de latín (*El canto II de la «Eneida»*) se ha otorgado al trabajo presentado por la Srta. Mercedes Rosúa Delgado, del Instituto «Isabel la Católica» de Madrid.

Teniendo en cuenta la gran cantidad de excelentes trabajos presentados, han sido concedidos dos accésits de griego y uno de latín: los primeros, a los trabajos presentados por los alumnos D. José María Terricabras Nogueras, del Instituto «Jaime Balmes» de Barcelona, y la Srta. Raquel López Melero, del «Isabel la Católica» de Madrid, y el accésit de latín, a D. Nicasio Salvador Miguel, del Instituto «San Isidro» de Madrid.

El acto de entrega de premios, que será público como ya es tradicional, se celebrará en Madrid a comienzos del curso próximo.

Actividades de la Sección de Barcelona

Los días 21 y 23 de enero tuvieron lugar las charlas de don José M.ª Bordas sobre el tema *Periplo por el Mediterráneo griego*. Ambas charlas fueron ilustradas con bellas diapositivas en color y animadas con las anécdotas e impresiones del viaje.

El día 14 de marzo, D. Manuel Díaz y Díaz, invitado por nuestra Sección, pronunció una conferencia titulada *En torno al llamado latín vulgar*. Señaló los rasgos más salientes del latín en la época anterior a Cicerón y la dificultad

de todo análisis objetivo de la lengua común por la imprecisión con que se refieren a estos hechos los escritores romanos, lo que ilustró con unos ejemplos significativos. Recalcó la importancia que tienen las lenguas romances y los textos tardíos a este respcto y propugnó una nueva interpretación del término «latín vulgar» como pura convención para comprender un complejo de fenómenos que justifican el paso del latín a las lenguas actuales.

Durante el mes de marzo se desarrolló un ciclo de conferencias organizado por la Sección en colaboración con la Balmesiana.

El ciclo fue inaugurado el jueves día 14 por D Jorge Pérez Ballestar, profesor de Filosofía de la Historia en la Universidad de Barcelona, quien desarrolló el tema *La concepción griega de la Historia y su supervivencia.*

La fase mítica de la cultura griega equivale a una concepción cuasihistórica de la realidad, ya que tipifica las causas en agentes personales sobrehumanos, entre los cuales se desarrollan relaciones genealógicas y dramáticas que son situadas en un pasado sin fechas.

En Hesíodo se encuentra ya la primera manifestación de la concepción griega de la historia, es decir, el mito (*Trab.* 106 ss.) de las cinco edades del mundo progresivamente decadentes y designadas con nombres de metales.

Los jonios emprenden la superación de la mentalidad mítica. Al sarcasmo de Tales, según el cual todo está lleno de dioses, se une la ἱστορίη iniciada por Hecateo como exploración de hechos geográficos, etnológicos e históricos por vías estrictamente empíricas.

Heródoto es verdaderamente el padre de la historiografía por no admitir más relato que el de acontecimientos reales y tratar de evitar el olvido que acompaña a la singularidad de las hazañas humanas. Intenta establecer un saber de lo singular elevándose, por métodos jurídicos, de la δόξα de los testigos a la ἐπιστήμη del historiador.

Pero ya Heráclito (fr. 1) se burló de la πολυμαθίη de Hecateo en nombre del λόγος universal de que participa la mente humana, instaurando así en la cultura griega el ideal de un saber de objetos universales.

Tucídides, influido por ese ideal del saber y considerándolo ejemplificado en la medicina de Hipócrates, deja de interesarse por la singularidad de los hechos históricos para ver en ellos la manifestación de leyes psicológicas, con lo cual tiende a hacer de la historia una ciencia natural.

En Platón se perpetúa el mito de las edades del mundo Considera que

los hombres sólo han evitado la decadencia completa porque los dioses les han proporcionado el fuego, las artes y el trigo (*Pol.* 274 *e*) y que la vida humana está sujeta a ciclos que el político sólo puede paliar, pues cada forma de gobierno lleva en sí los gérmenes de la propia disolución y tiende a convertirse en la contraria (*Rep.* VIII).

Aristóteles, campeón del ideal de la ciencia como saber de lo universal y permanente, afirma que la poesía es más científica que la historiografía, pues mientras ésta es una colección de hechos empíricos, aquélla verifica sobre ellos juicios universales (*Poét.* 1451 *b* 5 ss.).

Los estoicos, al admitir en la vida del mundo un gran año establecido por el λόγος divino, en virtud del cual, después de cada conflagración universal, vuelven a repetirse todos los acontecimientos, sostienen arquetípicamente la concepción cíclica de la historia.

Polibio considera que la historiografía no es universal como ciencia teorética, sino como didáctica para la práctica política. A su juicio, la historia es llevada por la razón universal a la instauración de un imperio mundial que unifique la vida de todos los pueblos.

Para Séneca, la historia es tanto fruto de la inmutabilidad de las leyes divinas como de la capacidad creadora de los hombres. Dentro del tiempo cósmico concibe varios ciclos históricos, en cada uno de los cuales una humanidad distinta posee su propia historia universal, donde no se repiten los sucesos, pero sí las edades: una de oro, otra de hierro y una catástrofe final, serie en que el progreso técnico va acompañado de la degeneración moral.

Según Juan Bautista Vico hay una «storia ideale eterna», consistente en la repetición no circular, sino espiral, de un ciclo en que se suceden la barbarie de la imaginación, lo heroico, lo clásico y la barbarie de la reflexión en el desarrollo de la cultura y las instituciones.

La ley de los tres estados de Augusto Comte, aunque admita el progreso en la sucesión de la fase teológica por la metafísica y de ésta por la positiva, no deja de reactualizar el mito de las edades del mundo.

Federico Nietzsche lleva paradójicamente su vitalismo irracionalista a restaurar la idea del eterno retorno, propia del racionalismo estoico, pues considera que la autoafirmación y la autoaceptación de la vida hacen a ésta volver eternamente sobre sí reviviéndose innumerables veces.

Guillermo Dilthey hace culminar su historicismo relativista en la teoría de las concepciones del mundo, que reduce a tres: el naturalismo, el idealismo de la libertad y el idealismo objetivo, los cuales se repiten en la historia y están fundados en las tres actitudes psíquicas, el conocer, el querer y el sentir, respectivamente.

A juicio de Oswaldo Spengler, la historia es una sucesión de unidades autónomas, las culturas, cada una de las cuales tiene un carácter propio, pero posee un ciclo vital idéntico al de las demás; tras partir de la bar-

barie regresan a ella a través de la creación institucional, artística y científica, el clasicismo y la decadencia.

Para Arnold J. Toynbee las distintas sociedades históricas se suceden unas a otras mediante relaciones de paternidad y filiación, pero cada una de ellas cumple un mismo ciclo, regulado por las categorías de desafío y respuesta, minorías dirigentes o dominantes, Estado e Iglesia universales, así como proletariado interno y externo.

En realidad, la concepción griega de la historia es antihistórica, por escapársele los caracteres fundamentales de la historicidad como tal, especialmente la irrepetibilidad e irreversibilidad derivadas de la existencia de acontecimientos que alteran radicalmente el destino de la humanidad.

El jueves día 21 disertó D. Luis Cuéllar, profesor de Historia de la Filosofía en la Universidad de Barcelona, sobre *La presencia del pensamiento griego en la Filosofía contemporánea.*

La Filosofía europea, desde la Edad Media hasta nuestros días, no ha dejado casi nunca de sostener un fecundo diálogo con los pensadores griegos. Una sola excepción: la ruptura que con toda la tradición, inclusive la helénica, pretende (más que consigue) llevar a cabo Descartes y, con él, todo el pensamiento «moderno» hasta Kant. Después, con el Romanticismo, volverán a abrirse las puertas a la influencia helénica, que, más o menos intensamente, no se interrumpirá hasta hoy.

Las corrientes filosóficas griegas más influyentes durante el largo período anterior a la citada «ruptura» han sido el platonismo-neoplatonismo, el aristotelismo y el estoicismo; en cambio, durante el período que se inicia con el Romanticismo, las preferencias se dirigen hacia el pensamiento presocrático —sobre todo hacia Heráclito—, cuya eficaz presencia se descubre en las más diversas tendencias ideológicas: materialismo dialéctico marxista, positivismo evolucionista de Spencer, «dionisismo» de Nietzsche, evolucionismo creador de Bergson, pensamiento existencial de Heidegger.

Es en Nietzsche y en Heidegger en quienes esta presencia adquiere el carácter de una consciente y entusiasta asunción, por su parte, del pensamiento griego primitivo, al que creen imprescindible retornar. Así, Nietzsche admira a los grandes trágicos y a los filósofos de este período por haber sabido elevarse hasta una concepción del mundo que comporta una aceptación heroica y magnánima de la vida, con todas sus contradicciones internas (dolor, muerte), en nombre de una justicia inmanente a la misma vida, que, sin embargo, trasciende toda comprensión humana de tipo dialéctico «socrático». Heidegger, por su parte, ve en los pre-

socráticos el único ejemplo de un filosofar «original»: antes de toda especialización del saber, antes de toda investigación sobre los entes, supieron «ponerse a la escucha» de lo verdaderamente fundamental y fundante, el Ser, que al «reunir» (λέγειν, de donde λόγος) sujeto y objeto en el común «ámbito de lo abierto», hace posible el aparecer, el patentizarse, el brotar (φύειν, de donde φύσις) de todo ente. Con Platón empezó el «olvido del Ser» y, consiguientemente, el dejar de entender al hombre desde la radicalidad del Ser, como «lugar» o «aquí del Ser» («Dasein»), inaugurándose la concepción opuesta, de signo subjetivista, que ha venido imperando, con matices diversos, a lo largo de toda la historia de la Filosofía.

La influencia platónico-aristotélica no se ha extinguido: persiste con fuerza en el pensamiento neoescolástico actual y también en filósofos de inspiración muy distinta, como, por ejemplo, en algunos neopositivistas que aprecian extraordinariamente el «análisis del lenguaje vulgar» que habría, según ellos, practicado Aristóteles sin intención metafísica alguna.

El martes 26, D. Martín de Riquer, catedrático de Literaturas Románicas de la Universidad de Barcelona, presentó algunos interesantes aspectos de *La persistencia de la literatura latina en las Letras medievales europeas.*

Los autores latinos eran perfectamente conocidos por los escritores de la Edad Media, como revela el hecho de que muchos son los autores de Roma cuya transmisión manuscrita es esencialmente medieval y como es natural en hombres que se formaron retóricamente a base de tratados derivados de Cicerón y de Cornificio y de florilegios en los que se recogían fragmentos de los clásicos. La novela europea en lengua vulgar nace, en francés, gracias a la épica latina, y a las adaptaciones del siglo XII de la *Tebaida* y de la *Eneida* se les dará el nombre de «roman» de Tebas y «roman» de Eneas, lo que originariamente sólo significa «traducción» o «romanceamiento» de estos poemas latinos y que pronto dará nombre a un género fundamental: el «roman», que en español nos vemos obligados a llamar «novela». El conferenciante examina algunos motivos de la leyenda de *Tristán e Iseut* según los textos franceses del siglo XII y señala ciertos paralelismos con las leyendas grecolatinas: el tema del gigante Morholt y el tributo en sangre equiparable al de Teseo y el Minotauro; el de Tristán herido y abandonado en una barca, situación similar a la de Filoctetes; las orejas de caballo del rey Marc de Cornualles y las de asno de Midas; la muerte de Tristán e Iseut, con el error de velas negras por blancas, provocado por los celos de Iseut la de las blancas manos, tan similar a elementos que se hallan en los temas de la muerte de Egeo, el despecho de Enone contra París y el dramático

final de Píramo y Tisbe, etc. Apuntando brevemente el influjo clásico sobre la lírica culta medieval, recuerda la etimología semántica de *trobar* «componer versos» y también «hallar», que es un calco del latín *inuenire*, al paso que fonéticamente procede de *tropare*, o sea, «componer tropos litúrgicos». El conferenciante aludió a las curiosas y raras interpretaciones y desfiguraciones de Virgilio en la Edad Media e insistió en la necesidad de estudiar, e incluso publicar, la rica y variada literatura pseudoclásica medieval: el *De vetula* adscrito a Ovidio; el *De remediis fortuitorum* atribuido a Séneca; la correspondencia entre éste y San Pablo, etcétera. Finalmente se refirió a la transmisión de temas mitológicos y clásicos al «folklore» a través de los *exempla* que los predicadores medievales exponían desde el púlpito, y al viejo y repetido tópico del *ubi sunt*, constante catálogo de personajes clásicos, que es modernizado al actualizarse en la balada de las damas de antaño de François Villon y en las famosas coplas de Jorge Manrique.

Finalmente, el día 28, D. Juan Ramón Masoliver, director de la sección literaria de *La Vanguardia*, clausuró el ciclo con una bella conferencia en torno a *La necesidad del clasicismo en nuestra cultura.*

Tras registrar la escasa presencia de una formación clásica en las varias manifestaciones de los escritores y las clases rectoras de nuestra Sociedad, en oposición a lo común en otros países y a esfuerzos beneméritos como la «Fundació Bernat Metge» (vacío más lamentable en cuanto que la sólida cultura humanística de los hombres de Cervera la mostró decisiva para el resurgir catalán en todos los órdenes, del Romanticismo a la «Renaixença»), el conferenciante analizó las causas y los riesgos de la actual predilección por los estudios de ciencias —más de técnica, en verdad, que científicos—, señalando la parte que la excesiva tecnificación tiene en la actual crisis de la juventud y cuya solución reside en una vivificación de los estudios humanísticos.

Esa disciplina, ese meditar las lecciones de emulación, libertad, tolerancia y ecumenismo de los antiguos: la conciencia —nada nostálgica, sino operante— de nuestro común pasado, sobre valernos la clave para el inaplazable diálogo entre las culturas y la convivencia entre clases y pueblos, reviste especial actualidad en esta hora en que asoman al tablado de la Historia, adaptando nuestra civilización técnica y reclamando derechos hasta ayer reservados a nosotros, las antiguas colonias de Africa y Asia. Tal síntesis será sólo posible donde esos pueblos orientales y de color desarrollen y aporten lo más vivo de sus antiquísimas experiencias culturales; y cuando a nuestra vez aportemos a la empresa co-

mún el espíritu de iniciativa y el hálito clarificador que connotan nuestra no menos gloriosa civilización.

Ni que decir tiene que todas las conferencias resultaron magistrales y fueron seguidas con sumo interés por los asistentes.

Como en años anteriores, la Sección ha organizado un ciclo de conferencias destinado a los alumnos de Letras del curso preuniversitario, a cargo esta vez de D. José Alsina (*Aproximación a Homero*), D. Pedro Pericay (*Homero y la Historia*), D. José Vives (*Homero y el ciclo épico*), D. Lisardo Rubio (*Aproximación a la «Eneida»*), D. Eduardo Valentí (*La «Eneida»: poesía y símbolo*) y D. Javier Echave (*Virgilio y nosotros*).

Todas las disertaciones tuvieron gran éxito y un crecido número de estudiantes las siguieron con vivo interés.

Altas

D.ª M.ª Antonia Ozaeta, Madrid.
D.ª M.ª Socorro Ramos Mariñas, Burgos.

Nuevos socios estudiantes

D.ª M.ª Luz Abad Sacristán, Madrid.
D.ª M.ª del Carmen Alvarez Domínguez, Madrid.
D.ª M.ª Teresa Arregui Luco, Madrid.
D. Jesús Aspa Caveza, Madrid.
D. Bernardo Avila Fuentes, Lucena (Córdoba).
D. José Ramón Barraca de Ramos, Madrid.
D. Francisco Brihuega García, Madrid.
D. Antonio Calderón Piña, Madrid.
D.ª Francisca Calvo Jiménez, Madrid.
D.ª M.ª Elena Cambronero Arrizabalaga, Madrid.
D. Jesús Camiña Cerviño, Madrid.
D.ª Silvia Cañas Quílez, Madrid.
D.ª Amelia Carreño Arteta, Madrid.
D.ª M.ª Concepción Carreño González, Gijón.
D.ª Elena Crespo Barbolla, Madrid.

D.ª Alicia Cohen Auclay, Madrid.
D. José Antonio Correa Rodríguez, Málaga.
D.ª M.ª de las Mercedes Cuéllar Mirasol, Madrid.
D.ª M.ª Jesús Dávila Pérez de Camino, Madrid.
D.ª M.ª Isabel Díaz-Regañón Valverde, Madrid.
D.ª Adela Domingo López, Madrid.
D.ª M.ª de los Angeles Durán López, Madrid.
D.ª M.ª de los Angeles Echeverría Elvira, Madrid.
D.ª Manuela Elisa Escribano Carrasco, Madrid.
D.ª M.ª Teresa Felip Villarejo, Madrid.
D. Antonio Fernández Llorente, Madrid.
D.ª M.ª Isabel Fernández Plasencia, Madrid.
D. Javier Aguirre Apolinario, Madrid.
D.ª M.ª Teresa Ferrari Herrero, Madrid.
D.ª M.ª de las Nieves Fidalgo Díaz, Madrid.
D. Carlos García Gual, Madrid.
D.ª Esperanza García Melero, Madrid.
D. Samuel García Rubio, Madrid.
D.ª Manuela García Valdés, Madrid.
D.ª M.ª del Carmen Gómez de Tejada, Madrid.
D.ª M.ª de la Concepción Guerra Naranjo, Madrid.
D. Orlando Guntiñas Tuñón, Madrid.
D. Daniel Gutiérrez Calvo, Madrid.
D. Juan Manuel Guzmán Hermida, Madrid.
D.ª Amelia Hernández Díaz, Madrid.
D.ª Angela Hernández Torcal, Morata de Jalón (Zaragoza).
D.ª M.ª Victoria Hernando Jimeno, Madrid.
D. Antonio Holgado Redondo, Madrid.
D.ª M.ª del Carmen Huerta Valderas, Madrid.
D.ª Lidia Inchausti Gallarzagoitia, Madrid.
D.ª M.ª del Pilar Iranzo Aznar, Zaragoza.
D. José Miguel Iturgoyen Martínez, Madrid.
D. Angel Iturrioz Magaña, Logroño.
D. Constantino Longares Monreal, Alfamén (Zaragoza).
D. Gonzalo López Casildo, Madrid.
D. Pedro López Llorens, Madrid.
D.ª Felisa Marcos Sanz, Madrid.
D. Francisco Martín García, Madrid.
D.ª Carmela Martín González, Madrid.
D.ª Zaida Gloria Martín Quintero, Madrid.
D.ª M.ª de las Mercedes Martínez Ortega, Madrid.
D. Angel Martínez Vidal, Madrid.
D.ª M.ª Antonia Medel Larrubia, Madrid.
D. José Montejano Montejano, Escariche de las Heras (Guadalajara).

D.ª M.ª de la Concepción Morales Otal, Madrid.
D. Félix José Moreno Pérez, Madrid.
D.ª M.ª Francisca Moya del Baño, Murcia.
D. Anastasio Murcia Valencia, Madrid.
D. Vicente Otazu Alli, Madrid.
D.ª Luisa Pacheco López, Madrid.
D.ª Jacinta Palmeiro Veiga, Madrid.
D.ª Eulalia Peña Gonzalo, Madrid.
D. Emilio Pérez Sánchez, Madrid.
D.ª M.ª Teresa Pérez Villar, Madrid.
D.ª Ana María Pita Pérez, Toledo.
D. Domingo Plácido Suárez, Madrid.
D.ª M.ª Cruz Quintana Jiménez, Madrid.
D.ª M.ª del Carmen Rodríguez Calderón, Madrid.
D. Jaime Rodríguez Gómez, Madrid.
D.ª Rosa María Ruiz Gonzalvo, Madrid.
D.ª Aurelia Ruiz Sola, Madrid.
D.ª M.ª del Carmen Samaniego Burgos, Madrid.
D.ª M.ª de los Dolores Sánchez Romero, Madrid.
D. Jesús María Sánchez de la Torre, Madrid.
D.ª M.ª de los Angeles Santos Vigueira, Pontevedra.
D.ª M.ª del Carmen Seijas Varela, Lugo.
D.ª M.ª de Lourdes Sendra Cañas, Madrid.
D.ª M.ª Luisa Silgeström Ribed, Madrid.
D.ª M.ª de las Nieves Siles Ramírez, Madrid.
D.ª M.ª Lucía Touza Prieto, Pontevedra.
D.ª M.ª de la Soledad Truque Fernández, Madrid.
D.ª M.ª Belén Vázquez Cereijo, Madrid.
D. José Francisco Vegas Rubio, Madrid.
D.ª Natividad Venegas García, Madrid.
D. Agustín Ventura Conejero, Játiva (Valencia).
D.ª M.ª Teresa de Villalobos Martínez-Pontrémuli, Madrid.
D.ª M.ª del Pilar Abella Villuendas, Zaragoza.
D. Avelino André Gabián, Barcelona.
D.ª Montserrat Arnán Castells, Barcelona.
D.ª M.ª del Carmen Bosch Juan, Palma de Mallorca.
D. Enrique Cardona Pons, Barcelona.
D. Juan Castellanos Vila, Barcelona.
D. Andrés Espinosa Alarcón, Barcelona.
D. José María Estellés González, Burjasot (Valencia).
D.ª Adela García Vela, Barcelona.
D.ª Montserrat Jufresa Muñoz, Barcelona.
D.ª Emilia Monerris Vañó Alcoy.
D.ª Ana M.ª Duarte Torner, Barcelona.

D.ª M.ª Luisa Nadal Capará, Barcelona.
D.ª M.ª Loreto Palacios Esteban, Barcelona.
D. Jorge Pérez Duró, Alcoy (Alicante).
D.ª Montserrat Prat Roig, Barcelona.
D.ª M.ª del Pilar Ramírez de la Encina, Lodosa (Navarra).
D.ª M.ª del Carmen Romero Barranco, Barcelona.
D. Enrique Roquet Llovera, Cornellá de Llobregat.
D.ª M.ª Aurora Seguí Asín, Barcelona.
D.ª Margarita Serra Rubí, Palma de Mallorca.
D.ª Francisca Tarrés Bech, Gerona.
D.ª M.ª de los Angeles de la Torre Sánchez, Barcelona.
D. Feliciano Alarcón Honrubia, Barcelona.
D.ª Guillermina Jaume Cifre, Pollensa (Baleares).
D. Eusebio Mínguez Galán, Barcelona.
D.ª M.ª de las Nieves Rovira Riera, Barcelona.
D. Juan Bosco Caballero Domínguez, Salamanca.
D. Felicísimo Casado Orcajo, Burgos.
D. Faustino Chamorro González, Salamanca.
D. José Antonio Díez Manrique, Salamanca.
D. José López Díaz, Tejares (Salamanca).
D. Ceferino Martín Calvarro, Descargamaría (Cáceres).
D. José Luis Moralejo Alverez, Salamanca.
D.ª M.ª Inmaculada Pérez Ledesma, Salamanca.
D. Jesús Redondo Candal, Tejares (Salamanca).
D. José Robles Merino, Salamanca.
D. Pedro Manuel Ruiz Quintero, Salamanca.
D. Rafael Sevilla Paños, Salamanca.
D. Eulogio Tejerina Canal, Salamanca.

NOTA DE TESORERIA

Las cuotas de esta Sociedad correspondientes al presente año y atrasadas se pondrán al cobro mediante un Banco, que las percibirá, con la presentación de los oportunos recibos, a comienzos del curso próximo (octubre del corriente 1963, aproximadamente). Agradeceremos cuantas facilidades den los Sres. socios para esta labor, y muy especialmente que avisen a la Secretaría de la Sociedad sus cambios de domicilio siempre que se produjeren o se hayan producido desde los comienzos de su actuación.

INFORMACION PEDAGOGICA

LA ASAMBLEA DE CATEDRATICOS DE FILOSOFIA Y LETRAS

(Granada, 16-20 de abril de 1963)

Informamos de esta importante reunión solamente en lo relativo al estudio del griego y el latín en las Facultades. Las propuestas que se elevaron a este respecto pueden concretarse en el mantenimiento del actual estado de cosas en Estudios Comunes más algunas modificaciones del plan actual de Filología Clásica, tendentes a introducir un comienzo de especialización entre el griego y el latín y a dejar a los alumnos una libertad mayor que la actual para la elección de materias.

La mayor discusión se centró en torno a los Estudios Comunes, manifestándose al respecto opiniones muy diferentes entre las que no hubo acuerdo posible, por lo que se acordó por mayoría el mantenimiento del plan actual. En realidad las circunstancias de la Enseñanza Media hacen necesario que continúe admitiéndose la validez del título de Licenciado para explicar cualquier materia (y ya sería un progreso si efectivamente se exigiera en todos los casos), y esto a su vez implica la conveniencia de que todos los alumnos de la Facultad hayan estudiado, en mayor o menor grado, pero en todo caso a nivel universitario, todas las materias de Letras que se cursan en el Bachillerato. Este es el fundamento de los Estudios Comunes, cuyas materias son efectivamente las mismas del Bachillerato y sólo éstas, con una única excepción: que el griego no es obligatorio y puede sustituirse por el árabe.

Frente a este punto de vista, que aboga por el mantenimiento de los Estudios Comunes en una u otra forma, está el estrictamente científico, que pide la introducción de una especialización lo más diversificada y radical que se pueda. Naturalmente, existen diversos intentos para conciliar mejor o peor ambas posiciones, y también proyectos más radicales que la fórmula actual de Estudios Comunes. Hubo quienes pidieron la reducción de los Estudios Comunes a un solo curso, como ya había propuesto la Asamblea Nacional de Delegaciones del S. E. U.;

también quienes postularon que la especialización debería comenzar desde el primer año y, en cambio, habría que crear un título especial, inferior al de Licenciado, que capacitara para la Enseñanza Media. La primera solución tiene el inconveniente de que el curso común deja de tener todas las materias que deben ser comunes y están en el Bachillerato, por razones del tiempo disponible; la segunda despierta el recelo de que se produzca una desvalorización del título de Licenciado, crea una escisión peligrosa entre ciencia y enseñanza y, de otra parte. no resuelve el problema, dado que los Licenciados y especializados (que, dígase lo que se quiera, irían en su mayor parte a la Enseñanza Media) no tendrían base común. Ambas propuestas fueron rechazadas.

Otros dos intentos conciliatorios merecen también destacarse. El primero es el de la anteponencia de Planes de Estudio (integrada por los señores Hernández Díaz, Pérez Castro, Pabón, García Hoz, Bofill, Lapesa, Fernández-Galiano, Lorenzo, Casas y Calderón), cuyas conclusiones fundamentales no llegaron en realidad a la Asamblea por haber estado en desacuerdo con ellas la Junta de Decanos. La anteponencia propugnaba que el título inferior se confiriese al terminar el tercer año de carrera; en estos tres años habría asignaturas fijas (todas las del Bachillerato, incluído el griego) y otras opcionales, que marcarían un comienzo de especialización. El otro intento al que nos referimos fue presentado en Granada, independientemente pero en forma casi coincidente, por los doctores García Calvo y Catalán y consiste de modo fundamental en mantener la existencia de materias comunes fijas, pero no agrupadas en los dos años iniciales, sino distribuidas a lo largo de los cinco de la carrera y simultaneadas con una especialización que comenzaría desde el principio. Este proyecto no encontró buena acogida, quizá porque, al presentarse un poco de improviso, su novedad hacía que no resultara fácilmente captable su alcance. Hay que decir que toda la discusión sobre planes pecó de defectos de forma. La discusión arrancó en realidad desde cero, al haber desaparecido prácticamente el plan de la anteponencia, y se presentaron luego las enmiendas o propuestas en forma desordenada e improvisada, sin posibilidad de centrar la discusión sobre puntos concretos. La falta de tiempo hizo lo demás.

Junto a todos estos ensayos de solución hay que citar también, por el gran número de votos que recogió, la posición que llamaríamos paternalista, que se apoyaba fundamentalmente en el recargo o supuesto recargo de los alumnos. Se llegó a proponer y poner a votación una propuesta tendente a conservar los dos años de comunes reduciendo las materias a cuatro en cada uno, con lo que se darían en un solo curso cada una de las siete disciplinas de Letras del Bachillerato (salvo el griego, enfrentado como siempre con el árabe), mientras que la oc-

tava asignatura sería un segundo curso de la materia que el alumno eligiera entre las otras siete. Esta propuesta, que convertiría en una asignatura única la Lengua y la Literatura española, la Filosofía y la Historia de los Sistemas Filosóficos, etc., y que dejaría el latín y el griego (para parte de los alumnos) reducidos a un año, fue afortunadamente derrotada. Empeoraba notablemente el estado actual de las cosas en vez de resolver los problemas pendientes, y ello en nombre de un recargo de materias que no es tan grande.

Hubo luego propuestas de alcance más limitado, tendentes a modificar en algún modo el actual plan de Estudios Comunes; por ejemplo, la que pretendía hacer el árabe obligatorio (en detrimento del griego) para los alumnos de las Secciones de Historia y Filología Románica. Entre ellas hemos de citar la defendida por el autor de estas líneas y que llevaba, con su firma, las de los doctores Fernández-Galiano y Gil, que postulaba que el griego debería ser obligatorio en Estudios Comunes para todos los alumnos. El lector encontrará más abajo el texto completo de la misma, pero conviene hacer aquí algunas aclaraciones sobre su alcance.

Esta propuesta parte de la idea de que debe haber algunas asignaturas fijas para todos los alumnos, aquellas de que puede tener precisión todo Licenciado en la Enseñanza Media. Entre éstas está evidentemente el Griego y la situación actual, en que forma una excepción, es evidentemente un arcaísmo, procedente de una época en que no había griego en el Bachillerato (y en que, entre paréntesis, los estudios griegos estaban mal representados en España, lo que permitió una postergación a todas luces injusta). No se trata de oponerse al árabe, que podría estar representado en los estudios especiales de medievalistas y romanistas, sino de acabar con una situación excepcional que, en la práctica, es dañina para la enseñanza del griego en cuanto a profundidad, y no sólo en cuanto al número de alumnos, e incluso impide a arabistas y hebraístas un conocimiento para ellos importante como es el del griego. Lo lógico es que, o bien todas las materias sean opcionales y no haya Estudios Comunes, o, si las hay fijas, el griego esté entre ellas, tanto por razones derivadas de los planes de Enseñanza Media como por su peso específico en calidad de base de toda la cultura posterior. En el peor de los casos, el mantenimiento del árabe como materia electiva en Comunes debería hacerse en libre competencia con todas las demás asignaturas y no sólo con el griego.

La verdad es que, dentro del desorden en que se llevó a cabo la discusión, en que se mezclaban cuestiones muy diversas, no hubo grandes argumentos en contra de los expuestos, salvo que puedan tomarse como tales la afirmación de que el teorema de Pitágoras no es en realidad de Pitágoras o la de la importancia del árabe para conocer la toponimia

de Andalucía o bien la consideración de que los autores griegos están traducidos al español. El hecho es que pesan en contra del griego la inercia de la situación actual, el temor injustificado de que la extensión del griego supondría la desaparición del árabe —cuando el enfrentamiento es puramente arbitrario— y también, quizá, el arrastre de una situación antigua de la cultura española, en la cual los estudios de Letras versaban prácticamente sobre temas españoles y lo demás apenas existía, con la excepción únicamente de la Filosofía.

La propuesta de que las materias comunes fueran las del Bachillerato, que implicaba la obligatoriedad del griego, obtuvo buen número de votos, pero no los suficientes. En vista de esto y fracasada también la de los señores García Calvo y Catalán, ante el peligro de que se impusiera el plan de tipo paternalista criticado arriba, resultó preferible unirse a aquellos otros que propugnaban la continuación del plan actual. Esta posición es la que triunfó.

Hay por lo menos una mejora en lo relativo a los estudios de lenguas clásicas en Estudios Comunes si se lleva a la práctica el acuerdo obtenido en la ponencia de alumnado, consistente en que el examen de preuniversitario sea el único acceso a las Facultades de Letras. Actualmente es legal un acceso desde el Magisterio mediante un examen sin griego y, en algunas Facultades, con muy poco latín. La Facultad de Madrid ha hecho, independientemente, la misma propuesta al Ministerio.

Con esto pasamos a hablar de la Sección de Filología Clásica. Sobre este punto se obtuvo un acuerdo entre los catedráticos asistentes, la mayor parte de los que actualmente hay en el escalafón. Manteniendo en lo esencial la actual estructura, se introduce, como queda dicho, un comienzo de especialización entre el griego y el latín, especialización relativa solamente a la Gramática y tendente, de otra parte, a evitar un desequilibrio entre los estudios lingüísticos y los literarios a favor de los primeros. En el último año la especialización se acentúa aún más, mediante la elección de los alumnos entre diversas materias opcionales. Hay que destacar que el plan propuesto en la Asamblea del S. E. U. tiene esta misma orientación, aunque en forma más radical. El proyecto elaborado fue el siguiente:

	Horas semanales
Primer curso:	
Comentario de textos latinos	3
Comentario de textos griegos	3
Historia de Grecia y Roma	3
Literatura griega	3
Lingüística griega (Sintaxis) o bien Lingüística latina (Sintaxis)	3
Lingüística indoeuropea	3
	18
Segundo curso:	
Comentario de textos latinos	3
Comentario de textos griegos	3
Arqueología clásica	3
Literatura latina	3
Lingüística griega (Fonética) o bien Lingüística latina (Fonética)	3
Materia opcional	3
	18
Tercer curso:	
Comentario de textos latinos	3
Comentario de textos griegos	3
Materia opcional	3
Materia opcional	3
Materia opcional	3
	15

Las materias opcionales entre las cuales, como se ve, los alumnos tendrán que elegir cuatro en total, serán algunas de la siguiente lista, dentro de la cual cada Facultad ofrecerá a los alumnos aquellas que esté en situación de mantener: Latín tardío, medieval y moderno; Filosofía griega y romana; Griego bizantino y moderno; Instituciones griegas; Instituciones romanas; Religión griega; Religión romana; Mitología clásica; Patrología griega y latina; Epigrafía y Numismática griegas; Epigrafía y Numismática romanas; Paleografía y Crítica tex-

tual griegas; Paleografía y crítica textual latinas; Métrica griega y latina; Gramática histórica española; Una lengua indoeuropea; Lingüística griega (si no es cursada con carácter fijo); Lingüística latina (si no es cursada con carácter fijo); Historia de la Filología Clásica; Lingüística románica; Lingüística general; Historia de la tradición clásica.

Los catedráticos reunidos de lenguas clásicas tomaron también algunos acuerdos sobre la orientación que hay que dar a las clases de Estudios Comunes. Además de la traducción y comentario, en ambos cursos se darán explicaciones de Literatura griega y latina. Los profesores de uno y otro curso y, dentro de cada uno, los de los distintos grupos se pondrán de acuerdo para la respectiva distribución de las materias, según lo previsto en el artículo correspondiente de la ponencia de alumnado.

Finalmente, anotamos otros acuerdos de la Asamblea o de los catedráticos de lenguas clásicas que han sido transmitidos al Ministerio como propuesta firme.

Los alumnos procedentes de convalidaciones necesitarán, para obtener el grado de Licenciado, realizar un examen teórico y práctico, aparte de la memoria de Licenciatura (esta propuesta había sido elevada ya independientemente por las Facultades de Madrid y Barcelona, pues la sola memoria no ofrecía garantía suficiente, y fue convertida en disposición oficial con fecha 2-V-1963, *B. O.* del 25-VI).

Podrá crearse en algunas Facultades una Subsección de Escriturística (o «Trilingüe Bíblica»), que combinará las enseñanzas del Griego, Latín y Hebreo. También podrá existir una Subsección de Arqueología Clásica. De una y otra se dan planes pormenorizados.

Se creará una Sección de Filología Clásica en la Universidad de Sevilla. Esta Sección responde a una necesidad de Licenciados en esta rama sentida en todo el Sur de España; la localización en Sevilla se debe a su abolengo hispano-romano y también al hecho de que exista allí un buen número de alumnos con vocación humanística, muchos de los cuales estudian Filología Clásica como libres en Madrid y Salamanca, preparándose en Sevilla bajo la dirección de profesores de aquella Universidad.

Las cátedras de Filología Clásica deberán aumentar su especialización pasando a ser de Lingüística, Literatura y Filología griegas y latinas (estas últimas destinadas al comentario de textos y a los Estudios Comunes) o de Latín tardío y medieval. Las nuevas denominaciones no afectarán a los concursos de traslado.

FRANCISCO R. ADRADOS

ENMIENDA PRESENTADA A LA PONENCIA SOBRE PLANES DE ESTUDIOS DE LA ASAMBLEA DE CATEDRATICOS DE FILOSOFIA Y LETRAS POR LOS DOCTORES RODRIGUEZ ADRADOS, GIL y FERNANDEZ-GALIANO

Los catedráticos que suscriben tienen el honor de exponer a la Asamblea lo siguiente:

1.º El actual plan de Estudios Comunes de nuestras Facultades presenta, como única singularidad opcional, la posibilidad de elección entre Lengua y Literatura griegas y Lengua y Literatura árabes para todos los alumnos.

2.º Este extremo de las disposiciones legales responde a una situación de hace treinta años, cuando la lengua griega no era estudiada en el Bachillerato. Por tanto, se produce hoy la anomalía de que dicha asignatura es la única del Bachillerato que puede no cursarse en los Estudios Comunes, que en definitiva constituyen una ampliación de la Enseñanza Media con miras a la mayor base humanística del futuro especialista; y, por otra parte, existe la posibilidad legal de que un Licenciado en Filosofía y Letras pueda desempeñar en el Bachillerato la docencia de una asignatura que no ha cursado en la Facultad. Esta situación es única entre las de las demás materias y resulta gravemente peligrosa, dada la importancia que el estudio del griego viene revistiendo en el Grado Superior del Bachillerato y la enorme necesidad de profesores de esta asignatura que se deja sentir.

3.º La existencia de dicha opción merma la eficacia de los estudios de ambas materias, por ser inevitable que la elección resulte en ocasiones equivocada o inspirada en circunstancias accidentales.

4.º Tampoco se justifica enteramente la existencia de esta opción desde el propio punto de vista de los estudios semíticos. Quienes hayan de dedicarse a la especialidad hebrea, de que la Biblia es pieza capital, no podrán culminar sus tareas si desconocen la lengua griega, tradicionalmente ligada a la enseñanza del hebreo y el latín en los gloriosos siglos del Renacimiento y en la cual están escritos la versión de los Setenta y el original del Nuevo Testamento; y es notorio que la civilización musulmana está profundamente influida por la cultura griega, transmitida precisamente por los árabes a una parte de Occidente.

5.º Por otra parte, dada la indiscutible primacía de la cultura griega para la formación del mundo occidental, resulta un tanto extraño, y

sorprendente para nuestros colegas extranjeros, que se vea sometida la lengua helénica a esta situación de opción con el árabe única en el actual plan. La evolución histórica del último cuarto de siglo nos liga cada vez más a Europa y al mundo europeo, del que lo clásico es base humanística imprescindible. Esto no quiere decir que ignoremos la importancia suma del conocimiento de la lengua árabe para el estudio de la España medieval, ni tampoco el prestigio universalmente reconocido de que goza la escuela arabista española; pero creemos que habría manera de compaginar los respetos a ella debidos con una situación más realista y concorde con los hechos expuestos.

En virtud de lo cual, los abajo firmantes proponen:

a) Que la Lengua y Literatura griegas queden como asignatura fija en los dos cursos de Estudios Comunes para la totalidad de los alumnos, reservándose el estudio del árabe para el período de especialidad de aquellas Licenciaturas en que sea indispensable.

b) De parecer esto difícil por estar ya muy recargados los estudios especiales, sería una solución alternativa, aunque imperfecta, la presencia de la Lengua y Literatura árabes en segundo curso de Estudios Comunes sustituyendo a una de las materias, que no tiene por qué ser precisamente el griego, para aquellos alumnos que hubieran de estudiar en la sección de Filología Semítica; los que se dispusieran a cursar Historia o Filología Románica podrían también, si lo desearan, estudiar Lengua y Literatura árabes en lugar de otra materia.

c) En todo caso se subraya que lo más lamentable de la situación actual consiste en la inconcebible posibilidad, que se hace realidad con frecuencia, de que los estudiantes de la especialidad de Filosofía lleguen a ella desconociendo el griego; sería, pues, indispensable que, incluso dentro de la legislación actual, se exija el haber cursado dicha lengua en Estudios Comunes para entrar en la mencionada especialidad.

SOBRE LA INTRODUCCION A LA LINGÜISTICA INDOEUROPEA Y LAS SECCIONES DE FILOLOGIA GERMANICA

Creemos que puede interesar a nuestros lectores la propuesta de las Secciones de Filología Germánica de Madrid, aprobada por mayoría de votos de la Junta de Facultad, para eliminar la Introducción a la Lingüística Indoeuropea de su plan de estudios; esta propuesta ha sido elevada a la Superioridad y frente a ella el abajo firmante ha formulado a su vez el voto particular que a continuación se transcribe. También la representación del S. E. U. ha elevado un voto particular concebido en términos análogos.

Nuestros colegas de Filología Germánica encontraban, sin duda con razón, que en su plan de estudios había demasiadas asignaturas adventicias que, aun siendo interesantes, distraían la atención de los alumnos y les impedían profundizar en el conocimiento práctico del inglés y el alemán. En vista de ello han elaborado un nuevo plan que, sin embargo, ha pecado en la dirección contraria eliminando el indoeuropeo, única materia capaz de dar una base general al estudio de las lenguas germánicas y de evitar su aislamiento dentro de los estudios de Lingüística. En Juntas de Facultad y de Sección defendieron este punto de vista los doctores Fernández-Galiano y S. Lasso de la Vega y últimamente, en la Junta de Facultad del 3 de mayo, el autor de esta nota. Nuestra posición fue acogida con simpatía por la mayor parte del claustro de profesores. Si el resultado de la votación fue adverso para la misma, se debió exclusivamente a que no se puso a votación la enmienda como tal, sino el si era aceptable o no en bloque el plan presentado por la Sección. Muchos colegas que estaban de acuerdo con la enmienda, según luego manifestaron, consideraban que, presentadas así las cosas, no podían emitir un voto que constituyera una desautorización de la Sección, cuyo plan, aparte de este pormenor, constituye una evidente mejora.

Queda, pues, pendiente de la resolución del Ministerio si continuará o no cursándose la Introducción a la Lingüística Indoeuropea dentro de los estudios de Germanística. Su eliminación rompería un puente para la colaboración entre esta Sección y la de Filología Clásica, con desventaja para la primera, pero en definitiva para todos. En realidad, no se esgrimieron argumentos de peso en contra del indoeuropeo, aparte de que recarga en trabajo a los alumnos y de que en otros países no es obligatorio para los germanistas, lo cual es evidentemente cierto, pero no lo es menos que el indoeuropeo es una de las asignaturas que pueden elegir los futuros especialistas en lenguas germánicas, mientras que en España se pretende cerrarles esta oportunidad.

Transcribimos a continuación el voto particular citado:

Se propone que en el plan de estudios de las Secciones de Filología Germánica (Inglesa y Alemana) continúe existiendo la asignatura de Introducción a la Lingüística Indoeuropea, bien con carácter obligatorio como actualmente, bien como materia opcional (con posibilidad para elegir entre ella y otra de las del plan de estudios).

Los argumentos desarrollados ante la Junta fueron los siguientes:

1.º El estudio de la Lingüística Indoeuropea es indispensable para profundizar en la Gramática histórica de las lenguas germánicas, que

resulta inaccesible en otro caso. Cualquier manual, por elemental que sea, de Gramática histórica inglesa o alemana o de anglosajón antiguo, antiguo alto alemán, etc., está lleno de referencias al indoeuropeo. De otra parte, el progreso científico de los estudios de Lingüística germánica quedará agostado en España si los estudiosos de esta rama prescinden del indoeuropeo, origen de todas estas lenguas, como ocurre cuando se separa una planta de su raíz.

2.º El indoeuropeo, origen común de las lenguas germánicas, el latín, griego, etc., ofrece una única posibilidad para que los alumnos puedan percibir tanto las peculiaridades de las lenguas germánicas como sus relaciones con lenguas que ya dominan. Así deben reconocerlo los alumnos cuando proponen que continúe existiendo esta disciplina en la Sección. Ofrece además el indoeuropeo un punto de contacto y colaboración de la Sección de Filología Germánica con la de Filología Clásica y, en un futuro posible, con los estudios de Eslavística, Indología, etc.

3.º Prueba de todo esto es que en casi todas las Universidades extranjeras donde se estudian lenguas germánicas existe una o más cátedras de Lingüística indoeuropea, frecuentadas por muchos de los futuros germanistas y desempeñadas en bastantes ocasiones por profesores cuya especialidad más concreta, dentro del campo indoeuropeo, es precisamente la Germanística. Entre ellos podemos señalar a los profesores Krahe, Krause, Pisani, Lehmann, Polomé y otros muchos.

4.º Es cierto que para el dominio puramente práctico del inglés y el alemán actual sobra el indoeuropeo. Pero sobran también otras muchas materias del plan presentado y sobra en realidad la Sección toda, pues el cometido en cuestión está ya desempeñado por diversas instituciones. No se trata de enseñar simplemente inglés o alemán, sino de formar profesores de inglés y alemán y posibilitar a la vez el desarrollo de los estudios de Germanística en España.

5.º Para una atención puramente literaria a las culturas alemana e inglesa podría posiblemente prescindirse del indoeuropeo (y de otras varias materias del plan). Pero lo menos que se puede hacer es ofrecerlo como opcional para los alumnos de orientación predominantemente lingüística, para la que es esencial. El plan presentado no admite asignaturas opcionales, contra lo acordado en la Asamblea de Granada.

6.º Ni siquiera se puede argüir que no existe tiempo disponible en los horarios para impartir esta enseñanza. Hay cursos de sólo dieciséis horas semanales (lo que, a cuatro diarias, deja dos mañanas libres). Existen cursos de alemán e inglés de nueve horas semanales, que podrían reducirse. Hay alguna asignatura, la Gramática general, que afecta

menos directamente a la Sección. Queda la posibilidad de la opción. Y el temor a recargar a los alumnos con materias difíciles queda descartado ante la petición de los propios estudiantes de que el indoeuropeo se mantenga en el plan.

7.º Por último, el firmante hace constar que, siendo titular de Filología Griega, la Lingüística indoeuropea no es para él más que una dedicación puramente vocacional, traducida en diversas publicaciones científicas (incluso sobre el germánico) y en una explicación de esta materia durante dieciocho años, en concepto de extensión de Cátedra (es decir, prácticamente en forma gratuita) en la Sección de Filología Clásica, no en la de Germánica, en la que no tiene interés en figurar. Sin tener, pues, interés personal en el asunto, está en situación excepcional para comprender, como otros muchos colegas, el retroceso científico que ahora se propone: la eliminación de esta materia del plan de Filología Germánica. Y pide que se ahorre este duro golpe a los estudios lingüísticos en España, en auge afortunadamente hoy día, y a la propia Sección.

FRANCISCO R. ADRADOS

N. DE LA R.—Con fecha 17-IX-1963 (*B. O.* del 23-XI) se dictó la disposición correspondiente por la cual queda suprimida la Introducción a la Lingüística Indoeuropea del plan de estudios de las Subsecciones inglesa y alemana de la Sección de Filología Moderna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid.

INFORMACION CIENTIFICA

LA "ELECTRA" DE SOFOCLES Y LA "MEDEA" DE EURIPIDES REPRESENTADAS POR EL "PIRAIKON THEATRON" DE ATENAS

La compañía del «Piraikon Theatron» de Atenas ha dado dos representaciones de *Medea* en el teatro romano de Mérida (días 15 y 16 de mayo) y cuatro de la *Electra* de Sófocles en Mérida (17 y 18) y teatro Español de Madrid (20 y 21). Hemos asistido a la primera representación de *Medea,* en unión de un grupo de profesores universitarios y licenciados en Filología Clásica, y a la última de *Electra.* El éxito de estas representaciones, seguidas con emoción por el público pese a darse en griego moderno, nos sugiere algunas consideraciones.

El día en que presenciamos la representación de *Electra* en Madrid, fue aplaudida con verdadero entusiasmo; *Medea* causó, nos parece, menos efecto en el público, pero ello sin duda se debe a la pérdida de muchos matices en la representación al aire libre, así como a ciertas dificultades de montaje y quizá a que asistimos a la primera representación, que siempre suele quedar menos perfilada. Sin embargo, la representación al aire libre, en el marco del teatro romano, permitió lograr mucho mejor la colocación y movimiento del coro y consiguió efectos visuales espléndidos.

Sófocles continúa siendo Sófocles y Eurípides, Eurípides; continúan siendo accesibles a un público lejano por tantos conceptos. Creemos que éste es un argumento fuerte contra la necesidad de las adaptaciones extremadas que introducen personajes y episodios, ingredientes eróticos e ideológicos diversos, cortan por sistema los parlamentos largos y minimizan el papel del coro. No vamos a negar méritos, porque los tienen, a las adaptaciones de Sófocles y Esquilo presentadas últimamente en España; pero siempre hemos pensado que sus autores pecan de pesimismo al modificar la obra original más de lo realmente necesario. El argumento, que hemos escuchado, de que son representaciones dirigidas a un público no especialista, es insuficiente. El público deja de comprender, naturalmente, mucho de lo que querían decir los trágicos antiguos (¿y quién sería capaz de agotar todo lo que expresan o sugieren?); pero las adaptaciones muy retocadas, si bien le

acercan algunos valores, introducen inevitablemente algo de híbrido y de blando. Otra cosa es la recreación de los mitos en tantas obras del teatro contemporáneo.

Sobre todo esto nos hemos manifestado en otro lugar (*Teatro griego y adaptaciones modernas,* en el núm. 187 de *Insula,* junio de 1962) y aquí no hacemos más que aludir al problema a propósito de las representaciones del «Piraikon Theatron». Llevándonos a un caso extremo —el efectuarse en una lengua, el griego moderno, que el público no comprende salvo excepción—, nos hacen ver que la idea de que hace falta una comprensión analítica, palabra por palabra, de un texto poético para seguir su sentido profundo, no es exacta. El conocimiento del tema, el gesto, la entonación, el subrayado de la coreografía y la música llevan al espectador sensible a intuir aquello que no puede razonar exactamente. Al fin y al cabo, el ateniense medio no comprendía el lenguaje de Esquilo más que imperfectamente, como lo testimonia Aristófanes. Con los coros de Sófocles y Eurípides debía de ocurrir algo semejante. El excesivo afán por aclarar el texto de una tragedia lo hace prosaico y la pérdida es entonces tan grande que no compensa la ganancia. Con esto me refiero, además de a la cuestión del lenguaje, al afán que a veces se pone por hacer resaltar todos los nexos sobrentendidos, las emociones o estados de ánimo innombrados que el espectador reconstruye por sí solo, las circunstancias que puedan explicar por menudo todo el progreso de la acción. Cuando lo que se exige del espectador es demasiado, viene la incomprensión y aun el abandono del intento de comprender, o sea, el aburrimiento. Pero cuando se le aclaran demasiadas cosas, el riesgo es el de la artificiosidad y la pérdida del contacto directo con las situaciones dramáticas.

Las traducciones al griego moderno de las obras a que aludimos son, por lo que pudimos apreciar, muy literales, con sólo pequeños cortes o alteraciones, sobre todo en *Medea.* Hemos podido ver el efecto sobre el espectador medio de los pasajes cruciales, sin retoque alguno, de *Electra*: la falsa noticia de la muerte de Orestes y el reconocimiento de éste y la protagonista. Lo único que no está en el texto griego es el ὀλολυγμός del coro en el primer pasaje, y hay que suponerlo; y, por supuesto, en uno y otro, el subrayado presentado por la coreografía, que también hay que suponer. En *Medea,* el dramatismo de la muerte de los hijos se diluye un poco al suprimirse el canto alternado del coro y los niños, sin duda por dificultades de montaje.

Repasemos ahora algunas de las características de la puesta en escena del «Piraikon Theatron». La más destacada es, desde luego, el tratamiento del coro, que es el escollo más difícil cuando se quiere pre-

sentar una tragedia griega. El coro está siempre en escena; se compone de doce coreutas más un corifeo (además, los jefes de los dos semicoros dialogan también con los actores o entre sí). Su presencia no se convierte en problema, sino que, al contrario, subraya constantemente la acción y constituye un apoyo para la misma y un procedimiento para sostener y encauzar la atención del público en los parlamentos extensos. Tiene tres formas de actuar: el canto, el recitado rítmico (la distinción entre uno y otro es, ciertamente, arbitraria; predomina el segundo) y el simple gesto, acompañado a veces de exclamaciones, mientras dialogan los actores. En los tres casos la coreografía consiste, más que en una verdadera danza, en movimientos plásticos hábilmente conjuntados. Lo que ha hecho el director de escena es, basándose en el papel del coro en los recitados o cantos, darle uno semejante durante el diálogo y los monólogos para librarle de su inmovilidad y hacerle útil a la acción. Todo ello con sobriedad, claro sentido de los valores visuales y eficiencia dramática. Sólo raramente se encuentran movimientos exagerados; sobre todo, el de arrojarse a tierra e implorar desde ella. Sin embargo, el éxito mayor consiste en el recitado rítmico, perfectamente inteligible, que en España raramente se consigue. Cierto que sacrifica el canto y, casi, la música: pero, para nosotros, es de efecto más directo y menos sofisticado que los pocos pasajes cantados que se conservan. Evidentemente, el coro así concebido presenta algunas limitaciones, difíciles de salvar, respecto al coro antiguo, que baila y canta acompañado de la música; pero continúa siendo un elemento estética y dramáticamente eficaz en vez de un simple adorno poético como en otras representaciones. En cuanto a la música, por lo demás, encontramos las representaciones más bien pobres. Prácticamente se reduce a una especie de obertura y un final, más un subrayado con instrumentos de percusión de ciertos pasajes dramáticos. En este campo puede hacerse más.

Pasando ahora a las partes dialogadas, lo principal es que están escritas en un lenguaje poético que se adapta bien al original. La tragedia es un género poético; cualquier intento de prosificarla con pretexto de prestarle naturalidad, la degrada al plano de la vida común, que es antipoética. Ahora bien, el director ha subrayado ese carácter rítmico, casi de salmodia, del recitado, sobre todo en el caso de los parlamentos largos. Creemos que posiblemente se ha excedido en ocasiones, sobre todo tratándose de Eurípides, poeta más «moderno» y flexible. Hallamos a veces una cierta rigidez, acompañada de un exceso de gritos. Este es el mayor defecto que encontramos en la puesta en escena, defecto que deriva sin duda de una intuición justa, pero es peligroso en manos de los actores secundarios y en los pasajes de menor tensión dramática. Creo que un mayor cuidado del matiz habría contribuido

a salvar las dificultades de las partes menos vivas de las obras y a realzar otras. Entre el uso de la lengua coloquial o de un poetismo pasado y el excesivo hieratismo y rigidez, puede encontrarse un término medio, hecho de matiz y sentimiento, y así sucedió en los pasajes más sobresalientes de las dos obras.

El «Piraikon Theatron» tiene por director a D. Rondiris, mientras que la coreografía es de Loukia y la música de K. Kydoniatis. La primera actriz, señora Papathanasiou, es una trágica admirable y sólo haríamos la salvedad enunciada arriba, que se refiere evidentemente a una concepción del director, destacado por tantos conceptos. Entre los demás actores los hay buenos y también, todo hay que decirlo, otros medianos. En suma, la actuación de la compañía no sólo constituye un regalo para cualquier espectador, sino que aporta soluciones a algunos problemas difíciles de la puesta en escena de la tragedia, sobre todo en lo relativo al coro. Soluciones, por supuesto, no definitivas, pero sí interesantes y que merecen ser tomadas en cuenta.

Merecen, pues, elogios el Ministerio de Información, el Ayuntamiento de Madrid y la Diputación de Badajoz, que han hecho posibles estas representaciones, que deberían despertar la imitación y la emulación entre nosotros. Pero hay que llamar la atención sobre un hecho verdaderamente lamentable —no encontramos otra palabra—: la transcripción francesa de los nombres propios griegos en los programas tanto de Mérida como de Madrid. *Égée, Chrysothémis, Pylade,* los *Coryphées del coro* (!) campan por sus respetos en uno y otro. Los organizadores deberían consultar en estos casos a cualquier persona competente para evitar esas ortografías deprimentes, que no están ya a tono con la cultura de nuestro país.

FRANCISCO R. ADRADOS

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

RESEÑAS

ESTUDIOS CLÁSICOS *publicará, en el grado en que lo permitan el espacio y la índole de la revista, reseñas bibliográficas de aquellos libros más o menos relacionados con nuestras materias cuyos autores o editores envíen un ejemplar a la Redacción.*

GABRIEL DEL ESTAL: *La «Orestíada» y su genio jurídico. Justicia de sangre y espíritu urbano. Aportación, desde la tragedia, a la historia de la filosofía del derecho, de la religión y de la sociedad en el mundo antiguo.* El Escorial, Biblioteca «La Ciudad de Dios», 1962. Un vol. de 511 págs.

Un incisivo, vibrante prólogo de Camón Aznar, en el que se leen cosas tan bellamente dichas como que las «lecciones de prudencia con que los coros bordean a las tragedias tienen algo de intuición de canes domésticos, que presienten las desgracias», nos introduce en el grueso libro que reseñamos, obra de un agustino de firma muy justamente conocida en todos los medios culturales del país.

Ciertamente destaca entre los buenos efectos producidos en el ambiente general por las pasadas representaciones de una versión libre de la *Orestíada* —¡qué coyunturas tan idóneas se dejaron pasar para que prendiera en el habla y en las letras la transcripción *Orestía*, más correcta, aunque menos tradicional!— el de haber sido tales representaciones el arranque inspirador de este jugoso libro, según declaración expresa del propio autor.

Ya en los umbrales de su trabajo, el P. G. del E., que se dispone a enfocar la célebre trilogía esquiliana desde muy precisos puntos de vista jurídicos, ajusta su contenido argumental, certeramente, a un tríptico de crimen, venganza y juicio sentando que es ésta, la jurídica, la verdadera «dramaturgia secreta» del triple drama en torno a Orestes.

Sin pretensiones de novedad, lógicamente, pero con clarividencia y

buen dominio de las principales autoridades al respecto, el autor ordena en el tercero de los capítulos de su libro las noticias sobre las fuentes del mito oréstico discriminando con buena mano el conducto aqueo y el conducto dórico de la saga y estableciendo con acierto constante diferencias de pormenor entre la tradición y el arreglo teatral de la *Orestía* —permítasenos transcribir así— bajo el genio poético de Esquilo.

Mucho más personal y rebosante de sugerencias, agudas y aun felizmente audaces a veces, es el capítulo cuarto, que aborda «el genio de la tragedia». Encontramos especialmente sugestivas apreciaciones como las conseguidas frente a la ecuación *Orestía* = testamento de Esquilo al joven Pericles; o paralelismos como el briosamente apurado entre las tragedias esquilianas y los autos sacramentales («su teatro —dice en pág. 46—, teológico por esencia, como el de Calderón, tiene un protagonista constante: la sombra divina»); o ilustraciones de tipo religioso, como cuantas se refieren al hirco epónimo de la tragedia y a su sentido sacrificial originario.

También hallamos muy bien desarrollada, con tanta galanura literaria —mérito muy destacado de la obra— como robustez jurídica, la tesis del antagonismo de los dos derechos: el derecho duro, cruel, antiguo custodiado por las Furias, para el que el parricidio (no el conyugicidio), por la ley de la sangre, es crimen inexpiable, y el derecho más alto y puro, custodiado por Apolo, basado en la idea de ciudad y que exige castigo para todo crimen, incluido el conyugicidio, que ya es también parricidio. Nítida distinción jurídica que lleva al lector a valorar la innegable trascendencia de las ideas de derecho que entran en agón en la *Orestía*. Este acabado concepto de los dos derechos, o de los dos estadios jurídicos, se va explayando en sucesivos capítulos del mayor interés.

Espléndido nos parece el séptimo: todo un original, personalísimo ensayo, rico en ideas y en precisiones sobre la metamorfosis Erinias-Euménides, que el jurista —para quien «Esquilo lleva a la *Orestíada* el tránsito del talión a la conciencia»— califica de paso de la justicia erínica a las Euménides de la ciudad. El nuevo derecho es un fruto de la polis como el viejo es una herencia del campo, donde tienden a pervivir los viejos *numina* y echan raíces todos los taliones. El campo es erínico —insiste el autor—; y la ciudad, jurídica. La evolución de las Erinias en Euménides es fruto de su paso por la *paideia* del derecho urbano.

Se siente a menudo el autor de esta reseña, por falta de formación jurídica, incapaz de seguir con provecho el espléndido razonamiento histórico-legal del autor del libro que comenta. Pero de lo que no deja un instante es de sentirse subyugado por la arrolladora y luminosa argumentación del P. G. del E., que se mueve en su propio elemento

al asociarse a todos los entresijos jurídicos de la saga oréstica y su adaptación esquiliana.

Al enfocar las ideas de pecado y castigo en Esquilo, el autor, que a veces exagera un tanto las cosas (como cuando dice, en pág. 154, que «el Destino es mitología»), redondea sus apreciaciones sobre el estadio crucial de la *Orestía* como testimonio de la sustitución de la venganza de sangre por la «sentencia de un tribunal, canalizada en conciencia y en derecho, de cara a la culpabilidad subjetiva», y muy instructivamente nos informa sobre lo que llama tres tiempos jurídicos de la historia: selva, ciudad y urbe, es decir, justicia de talión, justicia de conciencia y justicia de sociedad.

El análisis del P. del E. prosigue implacable, opulento, hasta rayar en lo reiterativo. Ahora es el lado procesal de la *Orestía*: procedimiento de la justicia erínica. El crimen de Clitemestra y Egisto no es de sangre, ni su venganza erínica. Es sólo parental. La actuación ilegal de Orestes viene a originar la instauración de un nuevo orden legal.

Finalmente el autor, en las últimas páginas de su parte expositiva, demuestra cómo el conflicto jurídico de la *Orestía* es una constante universal. Todas las edades llegan algún día a la doma y sazón de las Euménides. Acierto de primerísima línea nos parece cuanto el autor dice, en este orden de cosas, a propósito de la progresiva dulcificación de los códigos religiosos y, en especial, sobre el tuteo de Dios, tema a cuya glosa yo mismo recuerdo haber dedicado algún muy leído artículo periodístico. Precisamente en él proclamé a los vientos de la calle mi convicción de que, aunque con súbitos retrocesos esporádicos pero lamentables, el destino histórico de la *Orestía*, esto es, la humanización de la justicia, el tránsito del talión a la ley, de lo erínico a lo eumenideo, es de verdad, según la tesis de del Estal, una constante universal.

La segunda mitad del grueso volumen la llenan cumplidamente un «texto abreviado» (versión y muchas notas, preferentemente atentas a los pormenores jurídicos) y amplios índices bibliográficos (extensísimo, quizá en exceso por inclusión de manuales y obras generales), analítico de materias (muy bien hecho), onomástico de autores citados, especial esquíleo (de textos citados), textual bíblico y lexicográfico (éste con un sistema de referencias acaso no demasiado cómodo).

Pocas veces —digamos para concluir— se habrá pensado en lengua española sobre un tema trágico griego con la hondura, la plasticidad, el lujo de pormenores y —hay que repetirlo— el estremecido empuje literario con que lo hace en su importante libro el P. Gabriel del Estal, O. S. A. Razones le sobran a Camón para decir que la erudición y el temple filosófico y el alto vuelo poético de Gabriel del Estal desbordan, con ser importante, el concreto problema de juridicidad planteado en su obra.—M. RABANAL.

EDUARDO GANCEDO IBARRONDO: *Latín práctico. Método. Grado elemental.* Madrid, Ed. «Mater et Magistra», 1962. Un vol. de 211 págs.

He aquí un libro dedicado a los alumnos de tercero y cuarto de Bachillerato que en su sencillez se presta a grandes discusiones, pues saca de nuevo a la palestra la tan debatida cuestión de la enseñanza práctica del latín. Hemos de adelantar que el libro tiene mucho más mérito por lo que no es que por lo que es. Nos explicaremos. Parece ser que se va imponiendo la idea de que la enseñanza del latín debe prescindir casi por completo de la gramática (y, tratándose de un latín para alumnos de Bachillerato elemental, gramática viene a confundirse con morfología prácticamente). También va cayendo en desuso el sistema que se ha pretendido aplicar al latín tomándolo del seguido en la enseñanza de las lenguas vivas. Ambos sistemas, repetimos, parece que están ya de vuelta: el primero, porque su aplicación exige un tiempo mucho mayor que el concedido al latín en el Bachillerato elemental; el segundo, porque —¡gracias a Dios!— el latín no ha habido modo de encajarlo dentro del sueño utópico del «Latín sin lágrimas» o del «Aprenda usted latín en diez lecciones». Aprender latín, quiérase o no, exige lágrimas y, sobre todo, exige algo más que diez lecciones.

Nada de eso es el *Método* del P. Gancedo Ibarrondo. Y en no ser nada de eso radica su principal mérito. El autor se ha alineado decididamente en las filas de los que piensan (creemos que con acierto) que el latín hay que aprenderlo en el único sitio donde se puede encontrar el latín: en los textos. Ahora bien, ¿en qué textos? Se ha llegado a decir que el ideal es que el primer día de clase el alumno coja la *Eneida* de Virgilio y empiece por el *Arma uirumque cano*... Como ideal es hermoso y tentador, pero, por ideal, irrealizable. Y aquí, dentro de este tercer sistema, necesariamente las opiniones se han bifurcado: unos (así Lord en su *Curso de Latín estructural*, Londres, 1951-1952) han preferido retocar, facilitándolos, los textos de los propios autores latinos, y otros (pensamos, sobre todo, en A. García Calvo y en su bien trabajada cartilla *VIRIAT-I VIT-A*, Zamora, 1956) han creído mejor componer ellos mismos los textos en un latín lo más latino posible, y perdónesenos la redundancia. Al grupo de estos últimos pertenece el P. Gancedo. Su sistema presenta la gran ventaja de poder utilizar para los diversos textos los vocabularios básicos que en el extranjero, y también en España, han ido apareciendo en los últimos tiempos. Si García Calvo es de suponer que para su cartilla emplearía el material que más tarde se alineó en las filas de su «legión de palabras» y que prácticamente coincide con el presentado por el vocabulario básico de Mathy, respecto al P. Gancedo no podemos decir

si sigue alguno de esos dos vocabularios o si prefiere guiarse por el de Echave-Sustaeta; lo más lógico es pensar que el vocabulario que él da como básico sea de elección propia.

El sistema —textos latinos con gramática dosificada y aplicada al texto— nos parece en teoría bueno, tal vez el mejor. En la práctica dependerá de la aplicación de ese sistema. En el caso de la *VIRIAT-I VIT-A* de García Calvo nuestro asentimiento es completo: sus textos si no son clásicos, si no están escritos por un romano, hay veces que el lector lo llega a olvidar. Con los del *Método* que comentamos es imposible. Es más, creemos que, en contra de lo que opina su autor, si un alumno, después de dos cursos, llega a traducir las cinco primeras partes del *Método*, podrá traducir en adelante todo el latín que le echen siempre que sea el latín del P. Gancedo, pero naufragará irremediablemente apenas se meta con la *Guerra de las Galias*. Y creemos que con lo que hay que meterse —y cuanto antes— es con la *Guerra de las Galias*.

Sería pueril el enumerar los puntos que en este libro no nos satisfacen, tratándose de una obra que el autor mismo nos da con cariño, pero sin excesivas pretensiones. Sin embargo, hemos de hacer una observación general: no quisiéramos que del latín se hiciera algo para andar por casa; no quisiéramos que se le quitara seriedad, y un muchacho de trece o catorce años, aunque algunos no lo crean, está ya de vuelta de muchas cosas; por eso creemos que en el *Método* sobra toda la parte quinta, en la que se escenifican, en latín, cuentos de hadas y princesas, comenzando por el del gato con botas. Por la misma razón no tenemos demasiada fe en los efectos que puede producir el haber salpicado el texto con ilustraciones fotográficas tomadas de películas «de romanos»: el ver a Cristina Kaufmann con sus compañeros de martirio en el Circo y leer al pie «Porsena se lleva a Etruria en rehenes a Clelia y a otras doncellas romanas» puede engendrar, por lo menos, cierto confusionismo.

Una consecuencia quisiéramos sacar de la obra: se impone un nuevo procedimiento de la enseñanza del latín. El P. Gancedo nos ha venido a confirmar la idea de en qué puede consistir. No creemos que sea pequeño mérito.—F. PEJENAUTE.

CARLES RIBA: *Poemes de Kavafis*. Barcelona, Editorial Teide, 1962. Un vol. de 105 págs.

Como homenaje póstumo al insigne poeta y humanista catalán aparece ahora la versión del poeta griego moderno Kavafis que, poco antes de morir, había terminado Riba. Juan Triadú ha redactado una breve nota introductoria y J. Subirachs ha ilustrado el texto. En con-

junto, un libro excelente y que permite asomarnos a una de las personalidades más curiosas de la literatura griega moderna.

Se trata, ante todo, de una selección de la, por otra parte, no muy extensa obra de Kavafis. El criterio selectivo nos parece acertado, pues se recoge lo mejor del escritor y, sobre todo, se ha sabido presentar los dos aspectos más característicos de Kavafis: su evocación, irónica muchas veces, de escenas del mundo antiguo y su insinuación melancólica de las tristezas de la vida.

De los aspectos indicados, el primero domina con mucho en la antología. Se recoge acaso la producción más lograda del poeta de Alejandría, como su insuperable *Esperant els Bàrbars, Itaca, Filhel.lè, La batalla de Magnèsia, Apol.loni de Tiana a Rodes*, por citar los más representativos. En cambio, creo que se habría podido insistir algo más en el segundo aspecto de la producción de Kavafis. Me refiero concretamente a sus *Cirios* (que nosotros hemos recogido en nuestra antología de poesía griega moderna) y, sin duda, *El viejo*, que considero magistral.

La traducción es perfecta, literal y literaria al mismo tiempo, como sabía hacerlo Carles Riba. El texto que ha servido de base para la traducción es el de Timos Malanos (Atenas, 1957), así como el de Iatridis, que apareció en Atenas en 1952. El traductor ha tenido también en cuenta la versión inglesa de Mavrogordatos (The Hogarth Press, Londres, 1952).—JOSÉ ALSINA.

REVISTA DE REVISTAS

Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo CLI, cuad. II (octubre-diciembre 1962):

A. García y Bellido: *Notas epigráficas* (175-179).—A. Balil: *Mosaicos circenses de Barcelona y Gerona* (257-351).

Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, tomo XXVIII (1962):

Evocación de D. Cayetano de Mergelina, fundador de este Seminario (I-XI).—F. Wattenberg: *El mosaico de Diana de la villa de Prado (Valladolid)* (35-48).—U. Esteva Cruañas: *Cerámica romana de época tardía hallada en San Feliu de Guixols (Gerona)* (49-68).

Burgense. Collectanea Scientifica, núm. 4 (1963):

M. Guerra y Gómez: *Diáconos helénicos y bíblicos* (9-143).—N. López Martínez: *La distinción entre obispos y presbíteros* (145-225).—V. Proaño Gil: *Conciencia de la función episcopal en la Iglesia primitiva* (227-273).—F. Rodríguez: *El procedimiento de votación en el*

Tercer Concilio de Constantinopla (*7-III-681*) (275-293).—J. M.ª Caballero: *Episcopos y presbíteros* (367-374).

Celtiberia, año XI, vol. XI, núm. 22 (julio-diciembre 1961):

J. Subirá: *Un tríptico celtibérico* (163-182).—T. Ortego: *La villa romana de Santervás del Burgo* (183-202).

Celtiberia, año XII, vol. XII, núm. 24 (julio-diciembre 1962):

P. Fernández Martín: *Las calzadas romanas y los caminos de Santiago en la provincia de Soria* (197-222).

Emerita, vol XXX, fasc. 2.º (segundo semestre de 1962):

L. Gil: *Comentario a pseudo-Teócrito, «Idil.» XXI* (241-261).—S. Mariner: *Datos para la Filología latina en topónimos hispánicos prerromanos* (263-272).—L. Riesco: *Aportaciones al estudio del «que» románico* (273-280).—J. Untermann: *Das silbenschriftliche Element in der iberischen Schrift* (281-294).—M.ª J. Jiménez Cisneros: *Miscelánea epigráfica. Inscripciones funerarias gaditanas inéditas* (295-304).

Emerita, vol. XXXI, fasc. 1.º (primer semestre de 1963):

M.ª T. Belfiore: *El texto de Propercio y los manuscritos salmantinos* (1-10).—A. Ortega: *El baño de Ulises en el canto XXIII de la «Odisea»* (11-19).—L. Rubio: *Frontino: «de aquaeductu urbis Romae». Tradición manuscrita* (21-42).—M.ª del D. N. Estefanía: *Aspecto económico de la penetración y colonización romana de Asturias* (43-52).—A. Pariente: *Sobre los futuros sigmáticos griegos* (53-130).—J. Gil Fernández: *Parerga II* (131-137).—A. d'Ors: *Miscelánea epigráfica* (139-141).

Helmantica, vol. XIV, núm. 43 (enero-abril de 1963):

J. Oroz Reta: *San Agustín y la cultura clásica* (79-166).

Helmantica, vol. XIV, núm. 44 (mayo-agosto de 1963):

R. Roca-Puig: *Un papiro griego del libro segundo de los Paralipómenos* (175-185).—A. Ortega: *Observaciones a la carta séptima de Platón* (187-215).—J. Lozano: *El concepto de verdad en San Juan* (217-302).—J. Alsina: *Lucianea* (303-324).—J. Jiménez: *El latín y su pronunciación. Tercer Congreso Internacional de Latín Vivo* (325-332).

Humanidades, vol. XIV, núm. 33 (septiembre-diciembre de 1962):

J. M. Fernández: *Astronomía poética clásica* (345-367).

Madrider Mitteilungen, núm. 2 (1961):

V. Leisner: *Innenverzierte Schaien der Kupferzeit auf der Iberischen Halbinsel* (11-33).—H. Schubart: *Atlantische Nietenkessel von der Pyrenäenhalbinsel* (35-54).—W. Schüle: *Vorformen von Fusszier und Armbrustkonstruktion der Hallstatt-D-Fibeln* (55-70).—J. de M. Carriazo y K. Raddatz: *Ergebnisse einer ersten stratigraphischen Untersuchung in Carmona* (71-106).—J. Untermann: *Zum Namen von Munigua* (107-117).—T. Hauschild y H. Schlunk: *Vorbericht über die Untersuchungen in Centcelles* (119-182).

Minos, vol. VII, fasc. 2 (1963):

J. Chadwick: *The Two Provinces of Pylos* (125-141).—P. H. Ilievski: *Two Notes on the Fr-Tablets* (143-149).—J. Raison: *Une controverse sur la chronologie des tablettes cnossiennes* (151-170).—M. Sánchez Ruipérez: *Chronique bibliographique sur le linéaire B* (171-191).

Numario Hispánico, tomo IX, núm. 18 (2.º semestre 1960):

M. López Serrano: *Moneda romana republicana* (125-144).—M. Almagro Basch y M. Oliva Prats: *El tesorillo monetal de «La Barroca», San Clemente de Amer (Gerona)* (145-169).—P. Salama: *Un follis d'Alexandre Tyran conservé à Madrid* (171-177).—F. Mateu Llopis: *Hallazgos monetarios (VIII)* (179-197).—E. Varela Hervías: *Disertación sobre las medallas antiguas españolas del museo de don Vicencio Juan de Lastanosa, a cuia petición la escrivió don Francisco Fabro* (199-212).—M. Almagro: *Dos nuevas piezas del tesoro de Valera de Arriba (Cuenca)* (213-214).

Oretania, año IV, núm. 12 (septiembre-diciembre de 1962):

G. Tamain: *Contribución al estudio de la antigua metalurgia del plomo en España* (277-278).—M. Almagro Basch: *La gran presa de Assuán y el traslado de los templos del Nilo* (283-304).

Oretania, año V, núm. 13 (enero-abril de 1963):

C. Millán: *Impresiones de un viaje a Turquía* (28-30).—A. Balil: *Una lucerna romana, con efigie de Minerva, en el Museo de Linares* (31-33).—

G. Tamain: *Contribución al estudio de la arqueología hispano-romana en la zona de El Centenillo (Jaén)* (34-35).

Palaestra Latina, vol. XXXIII, fasc. 1 (núm. 181; marzo de 1963):

C. Eichenseer: *De pronuntiatu latino* (1-9).—N. Mangeot: *Venantius Fortunatus* (10-16).

Palaestra Latina, vol. XXXIII, fasc. 2 (núm. 182; junio de 1963):

N. Mangeot: *De Horatio Flacco* (65-71).

Perficit, núm. 169 (febrero de 1963):

A. Barcenilla: *La Grecia prehomérica* (1-9).

Perficit, núm. 170 (marzo de 1963):

S. Rodríguez Brasa-A. Barcenilla: *Homero. «Ilíada» Textos selectos. Curso preuniversitario 1962-63. Traducción castellana* (1-7).

Perficit, núm. 171 (abril-mayo de 1963):

A. Díez Escanciano: *Prelecciones latinas para explicar las «Filípicas» de Cicerón* (1-22).

Perficit, núm. 173 (julio de 1963):

A. Barcenilla: *Bibliografía moderna de ediciones escolares españolas* (1-7).

Perficit, núm. 174 (octubre-noviembre de 1963):

A. Díez Escanciano y J. M. Fernández: *Explicación escolar de la «Eneida» de Virgilio en latín y castellano. Libro IV* (1-17).

Studia Papyrologica, tomo II, fasc. 1.º (enero-junio de 1963):

S. Daris: *Frammento di lettera (?) bizantina* (7-11).—S. Bartina: *«Cristo, imagen del Dios invisible», según los papiros* (13-33).—A. Mundó: *La col.lecció de papirs de Montserrat* (35-42).—J. O'Callaghan: *Palabras nuevas en la correspondencia cristiana griega del siglo V* (43-51).—R. Camps: *Sobre la intensificación en las cartas cristianas del siglo V* (53-56).

OTROS ARTICULOS O FOLLETOS DE TEMA CLASICO

J. Campos: *Concepto de la «disciplina» bíblica* [*Revista Calasancia*, año VI, núm. 21 (enero-marzo 1960), págs. 47-73].

J. Jiménez Delgado: *Metodología de la traducción latina* [ibid. número 23 (julio-septiembre 1960), págs. 389-395].

J. Jiménez Delgado: *El movimiento del latín vivo y su repercusión pedagógica* [ibid. año VII, núm. 26 (abril-junio 1961), págs. 203-215].

J. Jiménez Delgado: *Acoplamiento del ciclo humanístico de los Seminarios al Bachillerato oficial* [ibid. núm. 28 (octubre-diciembre 1961), págs. 465-491].

J. Campos: *Comentario a la «Veterum Sapientia» de Juan XXIII* [ibid. año VIII, núm. 31 (julio-septiembre 1962), págs. 283-290].

C. L. Alvarez: *Roma, destruida* (*A B C*, 13-VII-1963).

S. Mariner Bigorra: *Posibles derivados semicultos de «sanctus»* [*Archivo de Filología Aragonesa*, vols. XII-XIII (1961-1962), págs. 253-260].

J. Jiménez Delgado: *El latín y su didáctica. Metodología de la traducción* [*Ens. Med.*, núms. 117-120 (enero-marzo 1963), págs. 137-153].

M. Rabanal Alvarez: *El griego y la medicina* (ibid. págs. 155-156).

J. M.ª Martínez Val: *El porvenir del Humanismo en la Enseñanza Media* (ibid. págs. 165-186).

A. Aróstegui: *La técnica y el Humanismo en la Enseñanza Media* (ibid. págs. 187-188).

J. Camón Aznar: *El coro en la tragedia griega y en la «Pasión» de Bach* (*A B C*, 12-IV-1963).

S. Mariner Bigorra: *Didáctica del latín* (*Cátedra 1962-63. Prontuario del profesor*. Ministerio de Educación Nacional. Dirección General de Enseñanza Media. Ediciones de la revista *Enseñanza Media*, número 300. Madrid, 1962, págs. 631-664).

F. Rodríguez Adrados: *Un descubrimiento sensacional en el campo de la Filología griega: el desciframiento del micénico* (ibid. págs. 665-674).

A. García y Bellido y J. Menéndez Pidal: *El distylo sepulcral romano de Julipa* (*Zalamea*) (Anejos del *Archivo Español de Arqueología*, III. C. S. I. C. Madrid, 1963).

M. Fernández-Galiano: *Píndaro: VI Olímpica. A Hagesias, siracusano, vencedor con el carro de mulas* [*Citius Altius Fortius*, tomo V, fasc. 1 (1963), págs. 121-123].

F. P. de Berguizas: *Píndaro: XIII Olímpica. A Jenofonte de Corinto, vencedor en el estadio y el quinquercio* (ibid. págs. 129-136).

M.ª A. Mezquíriz: *Hallazgo de una ánfora vinaria en Cascante* [*Príncipe de Viana*, año XXIII (1962), núm. 88-89, págs. 417-418].

A. García y Bellido: *El distylo sepulcral de Zalamea de la Serena* (*A B C*, 22-VI-1963).

J. Alsina Clota: *Carles Riba y su visión de Sófocles* (*La Vanguardia*, 28-II-1963).

J. Alsina Clota: *San Isidoro y la cultura europea* (*La Vanguardia*, 30-III-1963).

J. Alsina Clota: *Libertad, tolerancia y censura en el mundo antiguo* (*La Vanguardia*, 24-V-1963).

J. Camón Aznar: *La tragedia en Sófocles* (*A B C*, 27-VI-1963).

E. Obregón: *Los grandes textos sobre la propiedad. El mundo greco-romano* (Santander, 1962).

C. Fernández Cuenca: *Luz, sonido y silencio en la Acrópolis* (*Ya*, 28-VIII-1963).

C. Fernández Cuenca: *En Corinto, donde predicaba San Pablo* (*Ya*, 30-VIII-1963).

C. Fernández Cuenca: *De la ciudad de Esculapio sólo el teatro queda en pie* (*Ya*, 9-X-1963).

F. Rodríguez Adrados: *Gramaticalización y desgramaticalización* (*Miscelánea Homenaje a André Martinet, «Estructuralismo e historia»*, tomo III, Universidad de La Laguna, 1963, págs. 5-41).

J. Alsina Clota: *Tradición y aportación personal en el teatro de Eurípides* (Discurso leído el día 21 de marzo de 1963 en la recepción pública... en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y contestación del Académico numerario Dr. D. Mariano Bassols de Climent, Barcelona, 1963).

L. Gil: *Antígona o la «aretê» política. Dos enfoques: Sófocles y Anouilh* [*Anuario de Letras* (México), año II (1962), págs. 157-190].

J. F. Fernández: *Sobre la importancia del latín en la Enseñanza Media* [*Ens. Med.*, núms. 127-129 (julio-septiembre 1963), págs. 825-830].

J. Maluquer de Motes: *Sobre el uso de morillos durante la Edad de Hierro en la cuenca del Ebro* [*Pr. de Viana*, año XXIV (1963), núm. 90-91, págs. 29-39.]

W. Jaeger: *El humanismo teológico* [*Atlántida*, vol. I, núm. 1 (enero-febrero 1963), págs. 32-37].

A. Fontán: *Los textos en la transmisión de la cultura* (ibid. págs. 81-86).

F. Pérez-Embid: *El mito de la Atlántida* (ibid. págs. 90-93).

M. Almagro Basch: *Las excavaciones de la U. N. E. S. C. O. en Nubia* [ibid. núm. 2 (marzo-abril 1963), págs. 211-214].

A. Fontán: *Werner Jaeger: Filología y humanismo* [ibid. núm. 3 (mayo-junio 1963), págs. 313-325].

M. Morreale: *Algunas adiciones al DCELC derivadas de la versión bíblica del MS escurialense I-j-6* [*Bol. R. Ac. Esp.*, tomo XLII, cuad. CLXVI (mayo-agosto 1962), págs. 245-253].

R. Menéndez Pidal y A. Tovar: *Los sufijos españoles en «-z», y especialmente los patronímicos* [ibid. cuad. CLXVII (septiembre-diciembre 1962), págs. 371-460].

M. Morreale: *Latín eclesiástico en los libros sapienciales y romanceamientos bíblicos. Cuadros para el estudio comparado del léxico medieval castellano en los MSS escurialenses I-j-6 y I-j-4* (ibid. págs. 461-477).

M. Morreale: *Las antiguas Biblias hebreo-españolas comparadas en el pasaje del Cántico de Moisés* [*Sefarad*, año XXIII (1963), fasc. 1, págs. 3-21].

J. M. Blázquez: *Las relaciones entre Hispania y el Norte de Africa durante el gobierno bárquida y la conquista romana (237-19 a. J. C.)* [*Saitabi*, tomo XI (1961), págs. 21-43].

J. Pallí: *Responsabilidad, justicia y ley en Heródoto* (ibid. págs. 223-229).

P. Laín Entralgo: *Menéndez Pelayo y el mundo clásico*. A. d'Ors: *Un arbitrista del siglo IV y la decadencia del Imperio Romano* (Cuadernos de la «Fundación Pastor», 7. Madrid, 1963; en págs. 9-38 y 39-69 respectivamente).

L. Gil: *Ensueño y responsabilidad moral en el pensamiento antiguo* [*Revista de Occidente*, año I, núm. 5 (agosto 1963), págs. 175-197 y número 6 (septiembre 1963), págs. 342-353].

C. Diem: *Las «Etiópicas» de Heliodoro. Una novela deportiva de la Antigüedad* [*Cit. Alt. Fort.*, tomo V (1963), fasc. 2.º, págs. 195-218].

A. M.ª del C. Martín Tordesillas: *El Renacimiento y las humanistas españolas* (Publicaciones del Instituto Nacional de Enseñanza Media de Toledo. 3. Discurso de apertura del año académico 1961-62. Toledo, 1961).

V. García Yebra: *Aurelio Espinosa Pólit, traductor de poetas clásicos* [*Arbor*, tomo LII, núms. 199-200 (julio-agosto 1962), págs. 16-42].

S. Barandiarán: *El euskera y sus semejanzas con el dravídico* [ibid. número 207 (marzo 1963), págs. 22-39].

C. Morcillo González: *Humanismo en el horizonte conciliar* [ibid. número 208 (abril 1963), págs. 5-26].

E. Gómez Picazo: *Teatro de hoy. La antorcha griega* (*Madrid*, 9 y 10-X-1963).

C. González Ruano: *La mano de Caesia* (*A B C*, 19-IX-1963).

M. Guerra y Gómez: *Epíscopos y presbíteros. Evolución semántica de los términos* ἐπίσκοπος *y* πρεσβύτερος *desde Homero hasta el siglo segundo después de Jesucristo* (Publicaciones del Seminario Metropolitano de Burgos, serie A, vol. 5.º. Burgos, 1962).

M. Guerra y Gómez: *El agua y el aire, ἀρχαί o principios primordiales del mundo y del hombre* [*Burgense*, núm. 3 (1962), págs. 230-312].

Se repiten las siguientes fichas equivocadas en pág. VI 641:

J. López de Toro: *Cantores en latín de Antonio Perrenot Granvela* [*Rev. Arch. Bibl. Mus.*, tomo LXIX (1961), fasc. 2 (julio-diciembre), págs. 775-793].

M. Gómez-Moreno: *La escritura bástulo-turdetana (primitiva hispánica)* (ibid. págs. 879-948).

A. Balil: *Nuevo procedimiento para el establecimiento de la cronología del vidrio antiguo* (ibid. págs. 949-950).

INFORMACION ACADEMICA

CATEDRAS DE UNIVERSIDAD

Se une a la oposición de la Cátedra de *Filología Latina* (*para desempeñar Lengua y Literatura Latinas*) de Granada (cf. pág. 202) la nueva vacante (cf. pág. 203) de *Filología Latina* (*4.ª cátedra*) de Madrid (4-II-1963, *B. O.* del 25, rectificada en el del 13-IV).

* * *

En virtud de concurso (cf. pág. 202) es nombrado el Dr. García Garrido, catedrático de *Derecho Romano* de La Laguna (cf. pág. 78), para la misma de Santiago (11-II-1963, *B. O.* del 27). Es anunciada a concurso la Cátedra vacante con tal motivo (27-II-1963, *B. O.* del 16-III).

* * *

Queda desierto el concurso (cf. pág. 202) para la Cátedra de *Prehistoria y Etnología* de Granada (8-II-1963, *B. O.* del 19-III).

* * *

Se abre nuevo plazo (cf. pág. VI 642) para las oposiciones a la Cátedra de *Historia de las Religiones* de Madrid (16-III-1963, *B. O.* del 3-IV).

CATEDRAS DE INSTITUTO

Se anuncian a concurso especial las Cátedras de *Lengua Latina* de los Institutos recientemente creados de Aaiun y Sidi Ifni (25-II-1963, *B. O.* del 6-III).

* * *

Se concede la excedencia voluntaria al Sr. Pariente, titular de *Lengua Latina* (cf. pág. III 520) de Madrid («San Isidro»). 8-II-1963 (*B. O.* del 18-III).

Se jubila al Sr. Pabón, excedente de *Lengua Latina* (cf. pág. III 521). 30-I-1963 (*B. O.* del 18-III). Igualmente al Sr. Bosch Sansó, titular de la misma materia (cf. pág. III 520) del Instituto masculino de Palma de Mallorca (18-II-1963, *B. O.* del 18-III).

* * *

Son designados, para la Comisión que ha de entender en el concurso a las Cátedras de *Lengua Latina* de varios Institutos (cf. pág. 203), el señor Díaz y Díaz, como presidente, y los Sres. Morán, García Alvarez, Blanco García y Casas Homs, como vocales; y, en calidad de suplentes, los Sres. Pabón, como presidente, y Temprano, Rodríguez Lesmes, Dolç y Bastardas, como vocales (20-III-1963, *B. O.* del 10-IV).

* * *

Son designados, en virtud de concurso (cf. págs. 203-204), para las Cátedras de *Lengua Griega* de Castellón de la Plana (femenino), Manresa y Gerona los Sres. Bort, Cirac y Golobardes, titulares (cf. págs. V 489, VI 188 y VII 203) de Reus, Badajoz y Murcia (masculino). 12-III-1963 (*B. O.* del 18-IV).

* * *

Por haberle sido concedida, con fecha 10-I-1961 (*B. O.* del 24-II), la situación especial de merma de facultades al Sr. Rodríguez Salcedo, titular (cf. pág. III 520) de *Lengua Latina* de León (femenino), se aumenta en una Cátedra de dicha materia la plantilla del referido Instituto (15-III-1963, *B. O.* del 3-IV).

* * *

Son nombrados (cf. pág. 207) los Catedráticos de *Lengua Griega* propuestos por el Tribunal en la última oposición (25-III-1963, *B. O.* del 11-IV).

ADJUNTIAS DE INSTITUTO

Son designados, para la Comisión que ha de entender en el concurso a las adjuntías de *Lengua Griega* pendientes (cf. pág. 204), los señores González Laso, como presidente, y Srta. Merino y Sr. Rey, como vocales; y, en calidad de suplentes, los Sres. de la Hoz, como presidente, y Fidalgo y García Salvador, como vocales. Igualmente, para las de *Lengua Latina*, los Sres. García de la Santa, como presidente, y Gracia y González Brañas, como vocales; y, en calidad de suplentes, los Sres. García Molina, como presidente, y Rodríguez Pantoja y seño-

rita Suárez Castillo, como vocales (31-I-1963, *B. O.* del 18-II). En virtud de dicho concurso son nombrados para *Lengua Griega* de Avila, Barcelona («Milá y Fontanals»), Bilbao (femenino), Huesca, Murcia (femenino), Salamanca (femenino) y Santiago (femenino) los Sres. Fonseca, Vicuña, Srta. Díez Sainz de la Maza, Pérez Fernández, Martín López, señorita González Urones y Srta. Sanmartín, procedentes, respectivamente, de excedencia, Madrid («Cervantes»), León (masculino), Reus, Cartagena, Zamora (masculino) y Andújar; y para *Lengua Latina* de Bilbao (masculino), Ceuta, Córdoba (masculino), Lérida y Oviedo (femenino) los Sres. González Gutiérrez, Srta. Martín Narváez, Srta. Martínez Gil, Solana y Martínez Galán, procedentes de Bilbao (femenino), Astorga, Andújar, Seo de Urgel y Calahorra (7-I y 16 y 25-III-1963, *BB. OO.* de 19-II y 18-IV). Quedan desiertas las adjuntías de *Lengua Griega* de Aranda de Duero, Barcelona («Infanta Isabel de Aragón»), Cádiz (masculino), Cuenca (masculino), Gijón (masculino), Huelva, Jaén (femenino), Logroño, Oviedo (femenino), Palencia, Palma de Mallorca (masculino), Pamplona (femenino) y Santander (masculino) y las de *Lengua Latina* de Lugo (masculino) y Melilla (segunda especial). 25-III-1963 (*B. O.* del 18-IV).

* * *

Son designados, en virtud de concurso (cf. pág. 82), para *Lengua Latina* de Barcelona («Milá y Fontanals») y Jaén (femenino) los señores Guinot y Palacios, titulares de Albacete y Cabra (5-II-1963, *B. O.* del 18-III).

* * *

Se jubila al profesor adjunto excedente de *Lengua Latina* Sr. Cuadrado (18-II-1963, *B. O.* del 18-III) y al de la misma materia de Granada (masculino), Sr. Burgos (7-III-1963, *B. O.* del 18-IV).

* * *

Son admitidos a la oposición a adjuntías de *Lengua Griega* (cf. página 204) los Sres. Durántez, Moñino, Srta. García Gallego, Periago, señorita Sanz de Bremond, Srta. Pelecha, Santomé, Srta. Núñez Esteban, Cueto, Vara, Peralta, Srta. Balauder, Srta. Aguilar, Acarreta, Srta. Cañamares, Srta. Vázquez Blanco, Srta. Gandía, Srta. Otero Pajares, Martínez Peco, Srta. Marín Aráez, Srta. Cimadevilla, Srta. Nevado, Srta. Cedó, señorita Mata, Urrutia, Srta. Esclapés, Srta. Omatos, Srta. Delsors, Losada, Srta. Furelos, Bustamante, González Fernández, Srta. Llorens, señorita Calvo, Azagra, Srta. Huguet, Srta. Redondo y Capitán; y a la de *Lengua Latina* los Sres. Albarrán, García Barros, Srta. Moreno Rodríguez, Chese, Srta. Respino, Granell, Srta. Basilio, Giner, Srta. Pe-

lecha, Estrada, Srta. Aragón, Soler, Srta. Bengoechea, Aulló, Srta. Nevado, Srta. Redondo, Srta. Esclapés, Srta. Possé, Srta. Martínez Alfayate, Srta. Roecker, Srta. Señal, Rubio, Rabasco, Fernández Penín, Guinot, Srta. Huerta, Saco, Vergara, Srta. García Canto, Sardá, señorita Vaamonde Mallo, Bustamante, Srta. Minteguiaga, Srta. Pérez Sánchez, Velasco, Srta. Roca, Srta. Cañizares, Srta. Tomás, García Fueyo, señorita Guervos, Srta. González González, Srta. Casabó, Huerga, Araújo, Srta. Vaamonde Pereira, Jiménez Monreal, Ontiveros, Srta. Otero Acebes, Penejaute, Juste, Ibáñez de Opacua, Srta. García López, señorita Antolín, Goñalos, Martínez Pérez, Rodríguez García, González Navarrete, Jara y Srta. Alvarez Amiot (7-III-1963, *B. O.* del 20).

AYUDANTES BECARIOS

Son nombrados Catedráticos tutores de *Lengua Griega* los señores Agud (D. Serafín), Fernández-Galiano, Sánchez Lasso de la Vega y Gil, titulares, respectivamente, de Barcelona («Menéndez Pelayo») y Madrid («Isabel la Católica», «Cervantes» y «Beatriz Galindo»); y de *Lengua Latina* los Sres. Marín Peña (Madrid, «Isabel la Católica») y Hernández Vista (Madrid, «Cervantes»). 11-XII-1962 (*B. O. M. E. N.* del 7-I-1963).

LAS MEMORIAS DE LICENCIATURA DE TEMA CLASICO

(cf. pág. 208)

Curso 1962-1963

Barcelona

363. Prat Reig, Montserrat: *Realismo en la Literatura griega.*
364. López de Ayala y Genovés, M.ª Josefa: *El sentido de la muerte en las épocas arcaica y clásica griegas.*
365. Poblador García, M.ª Pilar: *El léxico del «Díscolo» de Menandro.*
366. Botella Soto, M.ª Pilar: *El sentimiento de conciencia profética en los primeros escritores griegos.*
367. Delgado Mañueco, M.ª Helena: *El manuscrito 626 E de la Biblioteca Central de Barcelona.*
368. Arnán Castells, Montserrat: *El manuscrito G-III-14 de la Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial.*
369. Zudaire Curucharru, Alfonso: *El manuscrito 263 del Archivo Capitular de Tortosa.*

370. Duarte Torner, Ana M.ª: *El manuscrito 49-11 de la Biblioteca de la Catedral de Toledo.*

Madrid

371. Olaguer Feliu, José M.ª: *Concepto de «fortuna» en los historiadores latinos y especialmente en Tito Livio.*
372. Nueda Guzmán, M.ª Soledad: *La antigua medicina y sus relaciones con la sofística.*
373. Regodón Marín, Joaquín: *Estudios sobre el cinismo primitivo.*
*374. Die Goyanes, M.ª Carmen: *Los caracteres en la «Farsalia» de Lucano.*
*375. Redondo Morán, M.ª Isabel: *El ciclo numismático obulconense.*
*376. Villoria Andreu, Secundino: *El mito en la obra poética de T. S. Eliot.*
*377. Gutiérrez Alonso, M.ª Paz: *El humanismo de Jovellanos.*
378. Rodríguez Carrasco, Angel: *Algunos usos sintácticos del artículo en la «koiné» del Nuevo Testamento.*
379. Delgado Sáenz, M.ª Dolores: *Aspectos estilísticos de la latinidad de Zurita en el libro I de los «Indices».*
*380. Flórez Miguel, Cirilo: *El hombre en Plotino.*
381. García López, José: Μεταβολή: *biografía de una palabra.*
382. Martín Carrera, Francisco: *Estudio gramatical del tratado «De habitu clericorum» del presbítero Leovigildo.*
383. Sánchez Redondo, M.ª Rosario: *El tratado hipocrático* περὶ φυσῶν
384. Torrente Almeida, Juan: *El concepto de justicia en el pensamiento griego anterior a la sofística y a Platón.*

Barcelona

*385. Aparicio Catalina, Blanca: *La historia de Troilo y Cresida en Chaucer y en Shakespeare.*
386. Ardevol Vidiella, M.ª Carmen: *Las metáforas en S. Pablo.*
387. Balluguera Fernández, Rosa: *El manuscrito 5-6-16 de la Biblioteca Colombina de Sevilla.*
388. Cabezas Cabezas, M.ª Encarnación: *Los estudios helénicos en Francia en el siglo XIX.*
389. Catalá Sempere, M.ª Amparo: *El manuscrito 49-12 de la Biblioteca de la Catedral de Toledo.*
*390. Clavell Cabot, Alberto: *Naturaleza del ente parmenídeo.*
391. Cuadrado Rodríguez, Francisco Javier: *El manuscrito salustiano M-III-11 de la Biblioteca Escurialense.*

392. Martínez Muñoz, Gervasio: *El manuscrito R-I-7 de la Real Biblioteca de El Escorial.*
393. Mata Gómez, Nicanor: *Fuentes grecolatinas para la historia de Cantabria.*
394. Menacho García-Menacho, M.ª Pilar: *El mito de Teseo en la Literatura y en el arte.*
395. Monfort Die, Clara: *El motivo de la despedida en la Literatura griega.*
396. Moral González, Arturo: *El manuscrito 197-v del Archivo Capitular de Vic.*
397. Sánchez Candela, María: *El manuscrito 1845 de la Biblioteca de Cataluña.*

Salamanca

398. Alvarez Cintas, José Manuel: *Φάλαγξ en Homero.*
399. Calvo Buezas, M.ª Dolores: *Estudio de* ἔοικε, ἐπέοικε *y* ἀεικής *en Homero. Notas sobre la moral homérica.*
400. Carbayo Pérez, César: *Estudio crítico y literario del poema «De ecclesia».*
401. Cuesta Martín, José M.ª: *Ἀρετή en Eurípides.*
402. García García, Vítores: *Estelas funerarias de Clunia Sulpicia.*
403. García Rodríguez, Juan L.: *Observaciones sobre la fonética de las inscripciones rodias.*
404. González Villarón, Agustina: *Los grupos «-ss-» en inscripciones tardías.*
405. Goyenechea Juárez, M.ª Esperanza: *La religiosidad de Penélope.*
406. Regueira Castro, Ana M.ª: *Fuentes literarias de los poemas visigóticos del «Appendix» eugeniano.*
407. Sánchez García, M.ª Angeles: *Observaciones sobre la fonética de las inscripciones de Tera.*

OPOSICIONES A CATEDRAS DE LENGUA LATINA DE INSTITUTO

Fueron designados, para el Tribunal correspondiente (cf. pág. 80), los Sres. Dolç, como presidente, y Mariner, Srta. García Dorado, Ramiro Aparicio y Srta. Gomis, como vocales; y, en calidad de suplentes, los Sres. Castresana, como presidente, y Blanco García, Sinués, Srta. Martín Tordesillas y Sendino, como vocales (18-III-1963, *B. O.* del 26). Por renuncia de la Srta. García Dorado, pasó a titular el Sr. Sinués (29-III-1963, *B. O.* del 16-V).

Los ejercicios empezaron el 20-V-1963.

La prueba práctica se dividió en cinco partes:

1.ª Traducción al latín, con diccionario, de un fragmento del libro II del *Instrumento de probabilidad* de J. L. Vives a partir de la traducción castellana de L. Riber (una hora como máximo).

2.ª Traducción sin diccionario de Virgilio, *En.* IX 25-68 (una hora).

3.ª Traducción, con diccionario y comentario sintáctico e histórico, de Livio I 10, 4-7 (dos horas y media).

4.ª Traducción, con diccionario y comentario métrico y literario, de Prudencio, *Peristeph.* V 121-172 (dos horas y media).

5.ª Traducción, con diccionario y comentario lingüístico, de *Carmina epigraphica* 52 y 613 (dos horas).

En el primer ejercicio teórico tocaron en suerte los temas 23 (*Caracterización morfológica de los modos*) y 42 (*Accidentes del verbo. Voces*).

Se presentaron 39 opositores; uno no compareció a realizar el primer práctico; otros dos, a la lectura del primero y segundo; otro, al tercero; otro, a la lectura del cuarto; otro, al quinto. Después de los prácticos fueron admitidos 21 por unanimidad y siete por mayoría. Dos no comparecieron al primer teórico, y otro se retiró antes del segundo teórico. Después de los dos teóricos fueron admitidos trece por unanimidad, siete por mayoría y uno por minoría, que no compareció al siguiente ejercicio.

En su informe sobre las memorias pedagógicas, el Tribunal hizo notar que las de dos señores opositores coincidían en gran parte de su extensión (prácticamente a lo largo de veinte folios) y que otras dos, aunque de extensión muy desigual, eran análogas en su enfoque y en muchas de las citas de autoridades aducidas.

Las oposiciones terminaron el 12-VI-1963. El Tribunal propuso a los Sres. Vicuña (Barcelona, «Infanta Isabel de Aragón»), Piñeiro (Vigo, femenino), Pejenaute (Luarca), Soler (Ubeda), Srta. Ibáñez Menéndez (Crevillente), Ruiz Rabre (Llanes), González Gutiérrez (Jaca), Solans (Tortosa), Alvarez Tajahuerce (Soria), Rodríguez Barrueco (Valdepeñas), Turmo (Cabra), Alonso Santos (Osuna), Jurado (Antequera), Srta. Esclapés (Landete), Saco (Coria), Sánchez Alegría (Huéscar) y Granell (Nerva), que fueron nombrados el 9-VIII-1963 (*B. O.* del 11-IX).